



## *La Ciudad* (\*)

IÑIGO CORREA

Quisiéramos trazar aquí un recorrido por una de esas arquitecturas simbólicas que dando forma a la Inteligencia Universal se ha constituido en un soporte mediante el cual el hombre ha podido canalizar el conocimiento de los mundos invisibles, los que han sido recogidos por las diferentes tradiciones como una paradigmática ciudad celeste, una "estructura" poblada por los dioses y los antecesores míticos, los que constituyen toda una genealogía simbólica, mítica y real, una historia que se ancla en el origen de los tiempos y con el que permanentemente nos conecta. Es por ello que primeramente quisiéramos referirnos a algunas cuestiones propias del Tiempo y también de la Memoria, la que nos permite a los hombres establecernos como ciudadanos de la también nuestra "ciudad celeste".

### Sobre el Tiempo y la Memoria

Somos peregrinos en un mundo que permanentemente percibimos como nuevo y ello en un tiempo que no puede escaparse del presente; "la vida es sueño" –apuntó Calderón–, un "sueño" que discurre como un flujo efímero entre aquel pasado que ya fue y un porvenir que todavía no ha llegado,<sup>1</sup> una especie de encrucijada de la que difícilmente podemos sustraernos porque nos hace creer que todo aquello que percibimos por los sentidos y que está sujeto al devenir y al cambio es la realidad.

Sin embargo, no es sino la consecuencia de un aspecto dual del tiempo sucediendo como en una "dilatación" del presente lo que provoca esa impresión en nuestra psique; y al pertenecer ésta al ámbito individual, cada uno la percibe de acuerdo a sus propias condiciones particulares y no es igual para todos los seres. Por ello nos dice de nuevo Federico González que

el tiempo está vivo ahora, como una cualidad sensible del cosmos; y su computación cronológica, con la que solemos dimensionar el espacio, es uno sólo de sus aspectos o cualidades. El tiempo es una categoría del alma, que nace del interior del corazón y que constantemente se regenera a sí misma.<sup>2</sup>

o Henry Corbin:

un tiempo que se ha originado en él [el hombre], que es a su imagen, pero que está necesitado y limitado por su dramaturgia cósmica, cuyo prelude señala y cuyo desenlace será igualmente el suyo.<sup>3</sup>

Este "sueño" que está expresando una categoría del alma es entonces altamente significativo; no por él mismo sino precisamente por lo que viene a significar, y porque esta categoría está también –como apunta Corbin– limitada por el drama cósmico, o por el alma del mundo, relación que nos lleva a considerar el tiempo nuestro como una expresión simbólica de otro tiempo, la posibilidad de que a través de él se pueda comprender la estructura y el orden actuantes de aquello que el tiempo expresa; o en otras palabras, el tiempo, que tomando el tinte de nuestra historia –particular y humana– encuentra su sentido y razón de ser al comprenderse como la representación temporal o la dramatización de una genealogía cósmica.

Es, pues, un tiempo simbólico en el que confluyen el pasado y el futuro bajo las formas de la memoria y la anticipación, y que paradójicamente no tiene duración,<sup>4</sup> es una realidad momentánea,<sup>5</sup> porque como ahora veremos se refiere a un Tiempo único, sin partes,<sup>6</sup> y por lo tanto sin sucesión, el cual no puede participar de la dualidad a que nos referíamos, y que se entiende como un eterno presente.

Dios está creando la totalidad del mundo ahora, en este instante.<sup>7</sup>

Instante que se hace partícipe de su eternidad, no de una parte porque entonces no podría considerarse eterna, y no se puede pensar que la eternidad ya llegará o que ya pasó, porque en realidad la eternidad no será ni fue, es ahora y permanentemente, por ello mismo no está en el tiempo sucesivo.

La cosmogonía es siempre actual, al igual que el tiempo, y se regenera continuamente; en la eternidad del presente, el pasado y el futuro son abolidos.<sup>8</sup>

El "sueño" que nosotros percibimos es análogo al velo de Maya de la Tradición Hindú, un velo que desde un punto de vista no permite ver la verdadera esencia de las cosas, mostrándonos solamente un grado de su realidad sujeto al tiempo y al espacio, pero que por otra parte es a través de él que dicha esencia se revela; podemos atravesar el velo y despertar de ese "sueño" que progresa indefinidamente sin detenerse, de tal forma que el tiempo, con sus pautas y sus ritmos y todo lo que él contiene, puede identificarse como simbólico, presentando en sí mismo aquello que lleva oculto, conectándonos mediante la vivencia que lleva implícita con las diferentes categorías del alma, las que expresan su dinamismo y novedad mediante una permanente renovación.<sup>9</sup>

Nuestro tiempo dual podríamos decir que "procede" de un Tiempo único en el que todos los tiempos son coetáneos; es el también llamado Tiempo de los orígenes, el que

no tiene un antes o un fin temporal, siendo a la vez el origen y el destino de cualquier otro tiempo. También podríamos llamarlo Tiempo mítico porque en él están contenidos los genes de todos los tiempos; en ellos –como en el mito– se trae a presente y sintetiza el contenido universal, el que se expresará según las propias condiciones temporales, las que tomarán forma penetrando en el espacio y se describirán bajo el amplio manto de la historia.

De allí la importancia del mito como factor sintético aglutinante e intermediario entre los distintos planos de la realidad, a los que conecta, por ser él, como el símbolo, la unidad analógica que religa un mundo con otro, el tiempo con la eternidad, lo visible con lo invisible, lo finito con lo infinito (...) Lo verdaderamente interesante es que para una mentalidad arcaica eso está sucediendo siempre, o sea en este mismo momento, por lo que aquella creación arquetípica que narra el mito no es sino una realidad viva ahora, de la cual la naturaleza misma de los fenómenos, seres y cosas nos habla constantemente.<sup>10</sup>

Efectivamente, el mito, la historia verdadera, la celeste y vertical, interpenetra los diferentes estados del Ser y, entrando en las coordenadas espacio-temporales, adquiere la forma que nos es comprensible. Si penetramos en las cualidades que determinan el tiempo, en la trama que rige su metamorfosis, podemos ver primeramente que entre el Tiempo eterno y la percepción que de él tenemos se establece un tipo de conexión, porque nosotros participamos de su eternidad mediante el tiempo presente, bajo una sucesión de expresiones de su única realidad; la parte y el todo se encuentran permanentemente ligados de tal forma que siempre está la posibilidad de reconocer la realidad de la mayor en la menor, y así, gracias a esta última, podemos penetrar en los misterios que se ocultan en el todo que la incluye:

Esta inversión que hace de lo horizontal un reflejo de lo vertical, y de toda manifestación substancial una proyección de la inmanifestación esencial, nos dice mucho acerca de la ilusión de todo lo que se mueve, lo relativo. Lo que tiene principio y fin, o está sujeto a causa-efecto. Por eso mismo nos habla también de la realidad de lo que siendo uno (el centro como proyección de la vertical), no tiene par. De aquello que permaneciendo inmóvil (lo absoluto), no está subordinado a ningún proceso dialéctico.<sup>11</sup>

Tendremos ocasión de referirnos a esta simbólica más adelante pues constituye uno de los fundamentos sobre los cuales se edificaba la ciudad en los pueblos y civilizaciones tradicionales. De momento, digamos que el Tiempo único y mítico a que nos referimos es aquel en el que se sintetiza un tiempo vertical, fundamentalmente jerárquico, porque más allá de nuestro estado de existencia el tiempo tal como lo conocemos no existe, y es más una sucesión de diferentes estados lo que aquí viene a expresar.

Vemos, por otra parte, que sin este vínculo con el Tiempo mítico la condición

temporal no sería posible, y ello se reconoce en la condición cíclica que lo regula, como los diferentes puntos de una rueda con respecto a su centro, que es el origen y paradigma de ésta y al que todos los puntos de la misma deben su orden; marcado por el radio que los liga o separa, aquí el tiempo sucesivo lo podemos asimilar al recorrido de la rueda, el Tiempo mítico al punto central, y el radio al canal por el que descienden y ascienden las fuerzas cósmicas, unas centrífugas que generan un movimiento *ex tempore* del libre albedrío y tendente a la confusión con el polo substancial, y otras centrípetas, contractivas y tendentes al polo esencial; observemos en esto una particularidad reseñable: vemos que el tiempo cíclico es un tiempo cualificado y ordenado en su propia estructura, y como indica Platón se trata de:

una imagen sempiterna de la Eternidad moviéndose con respecto al número...

Pero también "el tiempo es medida –que siempre supone un espacio–," como nos dice por otro lado Federico González, es decir:

módulo y proporción que vincula las distintas partes del cosmos y por eso un elemento de unión entre ellas; pero sobre todo es la ley, que al cumplirse indefectiblemente hace posible todo esto.<sup>12</sup>

Cada instante de tiempo manifiesta su lugar en el conjunto mediante unas cualidades precisas que se trasladan y vinculan a todo aquello que está bajo su dominio. Desde cada uno de esos instantes se está en el centro del tiempo, dando cohesión al pasado y al futuro, tal cual los puntos de la circunferencia, que aunque se diferencien unos de otros (y cada uno tenga una posición distinta), sin embargo emanan del centro y a él están vinculados permanentemente; encontramos además en el tiempo un tipo de recurrencia o pauta, es decir una sucesión de ciclos que se superponen y que están incluidos en otros mayores, tal cual los ciclos diarios que se suceden trazando el ciclo anual, y así sucesivamente hasta conformar finalmente el ciclo de una era, etc., de tal manera que parecen tener una progresión sin fin, a la vez que una "distancia" o un olvido mayor de aquel primer Tiempo que los generó; ese olvido constituye todo un "signo de los tiempos" para el momento cíclico que todos nosotros estamos viviendo actualmente.

Quisiéramos por último observar que en todo ciclo temporal hay instantes que por su propia naturaleza permiten establecer de forma relevante correspondencias y analogías con el Tiempo original, de tal forma que establecen una conexión sutil que irrumpe en el transcurrir sucesivo y permite conectarse con él, lo cual, podríamos decir, convierte a dichos instantes en canales mnemotécnicos o predictivos que posibilitan la concordancia de diferentes tiempos, recuperando así la Memoria que los unifica.<sup>13</sup> Señalaremos que en general se corresponden con las síntesis cuaternarias implícitas en cualquier ciclo de manifestación, (recordemos que el cuaternario retorna a la unidad:  $4 = 1+2+3+4 = 10 = 1+0 = 1$ ); en el esquema de la cruz inscrita en la rueda

estos instantes se pueden hacer corresponder preferentemente con los del paso por los cuatro extremos de la misma, el punto más bajo, el más alto y los dos que definen su amplitud, y por citar una de las correspondencias a que nos referimos anteriormente, vemos que el punto más alto es un punto de inflexión entre la mitad ascendente y la descendente, lo que desde ese punto de vista vertical supone una detención aparente y nos permite establecer una correspondencia con el punto central en tanto que éste tampoco es móvil.<sup>14</sup>

En el ciclo anual, por ejemplo, este momento viene determinado por los solsticios (literalmente "parada del sol"), y más concretamente por el solsticio de verano, que señala el paso del ascenso al descenso del sol en su circular por la eclíptica, momento que todas las tradiciones han recogido y que han ritualizado, reconociendo su fecundidad teúrgica; y lo mismo podríamos decir del tan cercano ciclo diario,<sup>15</sup> del ciclo lunar o de cada uno de los planetas cuyos tiempos están como yuxtapuestos. Añadiremos que esto sucede análogamente en diferentes periodos del tiempo de la humanidad regidos por el cuaternario, donde su origen y centro se corresponde con el paraíso terrenal, un lugar axial y "sin Tiempo" (el Tiempo original), o con un Tiempo eterno en el que todo sucede simultáneamente; también han sido momentos de inflexión aquellos en los que se produjo el paso de un ciclo a otro en la sucesión de las diferentes edades de la humanidad, donde la geografía estuvo inevitablemente implicada; pero un ejemplo cercano lo tenemos en el Renacimiento Italiano, donde:

la Historia se ha hecho mucho más extensa al volverse el hombre hacia sus orígenes "clásicos" y aun anteriores, ingresando en un espacio otro, en un ambiente de evocación apropiado para la anamnesis y apto para entroncar con el sentido del mito.<sup>16</sup>

Y todo ello coincidente con el nacimiento y la expansión geográfica hacia el "Nuevo Mundo". Son momentos en los que se nos da la posibilidad de reconocer la eternidad en el presente, realidad ésta que en todo caso los hombres también podemos convocar mediante el rito.<sup>17</sup>

En este tiempo que vivimos, del que se suele decir que es muy breve, que apenas podemos disponer y que sucede a una velocidad que nos comprime, es necesario que podamos identificar la fuerza (centrífuga) que conlleva su Destino, poder actuar en él ritualmente y vivirlo como lo que es, un soporte para que se ejerza en y mediante nosotros la Voluntad del Cielo, la Providencia Divina (centrípetas), Luz que nos guía en un viaje en el que se transmuta el ser que estamos siendo y que nos lleva a conciliar las contradicciones y de forma impredecible<sup>18</sup> irnos estableciendo en intermediarios (centrales) de lo que proviene del Cielo y lo que proviene de la Tierra. Para ello la comprensión teórica, aunque difícil de adquirir en la coctelera pseudo intelectual que nos rodea<sup>19</sup>, es necesaria (aunque no suficiente) para no perdernos; pero va a ser mediante el ejercicio de nuestra voluntad, bajo el amparo de las virtudes y del Amor, y guiados por la Intuición más alta, que vamos a poder recuperar esa Memoria perdida.

La Ciencia Sagrada –la Tradición Hermética en Occidente–, es la que encauza y transmite esta Memoria vertical, un legado espiritual que da sentido a las Artes y las Ciencias que a ella se vinculan y que nos permite recorrer el camino de retorno al centro, aquel que paradójicamente nos convierte en peregrinos de nosotros mismos y que nos conduce a ese lugar del que se dice nunca hemos salido.

### Acerca de la Memoria y de su Arte

Dice A. Coomaraswamy en *Recordación India y Platónica* que:

nuestra Vía pasa a través del ahora y del no-donde cuya experiencia empírica es imposible, aunque el hecho de la Memoria nos asegura que la Vía está abierta a los comprensos de la Verdad.<sup>20</sup>

Asimismo, en su teogonía narra Hesíodo que *Mnemosine* (la Memoria), diosa titania hermana de Cronos y de Océano, es la madre de las nueve Musas, a las que había engendrado con Zeus, y que por lo tanto portan en sí todo el saber de la humanidad, diosas intermediarias que residen en la alta morada celeste (arquetípica), la montaña Helicón.

Hay una memoria cósmica presta a ser revelada por estas nueve diosas a aquellos que mediante la práctica del Arte despierten su generosidad. El Arte verdadero o tradicional es también un arte de la Memoria, aquel que por su intermedio se conectan dos realidades, una de las cuales es esencial y celeste, otra terrestre y substancial, ambas sucediendo y recreándose como una sola en el artista que las religa; el mundo es, dice el Vedanta, del material del arte (*Mâyâ-maya*), así como el propio artista, que mediante una operación de la Inteligencia (el espíritu de la memoria) es capaz de reconocer en el mundo y en sí mismo su más profunda realidad englobándola como un único discurso.<sup>21</sup>

La memoria, entonces, corre pareja al tiempo, no se desliga del presente y sumándose a sus condiciones cíclicas evoca su contenido, porque si no fuera así ya nada sería; si el radio que describíamos anteriormente deja de existir, la rueda ya no es ordenada por el centro y en consecuencia deja de ser rueda; lo mismo para el hombre, si se acaba la posibilidad de saber quien se es verdaderamente, el hombre ya no es, la humanidad se desliga de su corazón e irremediabilmente fallece presa de su propio olvido. Federico González nos matiza de forma clara:

El Centro, la verdadera identidad que no es ni Oriente ni Occidente, ni el Norte ni el Sur, está inmanente, virtual en cada una de las formas de lo sagrado, en lo invisible de su discurso, pero para acceder desde la periferia aparente a él, es necesaria la libertad del propio radio, el "camino" que todo ser ha de seguir de acuerdo a su naturaleza para recobrar la memoria de lo que ha sido siempre.

Es mediante la Vía Tradicional (aquella que mantiene viva la voz del mensaje perenne que se describe desde los orígenes, el referente del Hombre Verdadero) que los hombres caídos en el olvido podemos recordar, y decir así que es el auténtico radio, el conducto al que se accede por libre decisión, la que nos lleva en busca de la verdad y nos "hará libres", según refiere el dicho evangélico.

El tiempo y el espacio, y las ciencias a ellos vinculadas, la historia y la geografía, han constituido valiosas herramientas de conocimiento en todos los pueblos tradicionales. Si la historia describe la apariencia que toma su principio –el Tiempo mítico original–, y está ordenada según un discurso cosmogónico, lo mismo podemos decir del espacio. El discurso es la memoria que lleva en sí el Tiempo y ha sido fijado e impreso en diferentes tradiciones mediante un "mandala" –preferentemente circular– al que se llama calendario; inversamente, el discurso que describe el Espacio ha sido a su vez fijado mediante una estructura geométrica ubicada en el tiempo sucesivo mediante construcciones o trazos simbólicos; ambos se complementan de tal forma que no puede entenderse el tiempo sin el espacio, y viceversa, y ello bajo la forma del movimiento, el que traza el diálogo mutuo que los conjuga, el resultado de la fecundación del primero sobre el segundo.

Para nosotros los vehículos mnemotécnicos fundamentales son el símbolo, el rito y el mito; de ellos se ha tratado amplia y claramente en todos los números de SYMBOLOS y en las diferentes obras de nuestro director; aquí recogemos lo que éste dice en *Simbolismo y Arte*.<sup>22</sup>

Hemos de recordar que el modo normal en que esa Cosmogonía Universal y Perenne se expresa es el símbolo, o conjunto de símbolos en acción, constituyendo códigos y estructuras que se conjugan permanentemente entre sí, manifestando y vehiculando la realidad, o sea, toda la posibilidad del discurso universal, que se hace audible y comprensible por su intermedio. El símbolo es por lo tanto la traducción inteligible de una realidad cosmogónica, y al mismo tiempo esa realidad en sí, al nivel en que ella se expresa.

Diremos que la ciudad es fundamentalmente una simbólica espacial (que incluye otra temporal), capaz de actualizar y recrear el esquema cósmico, al que ve como una ciudad paradigmática. Funciona como un sistema de localización mnemónica y pertenece al arte de recordar porque está diseñada fundamentalmente para ello. Este modelo es un soporte para el orden y la construcción interna, si bien no tiene por qué ser necesariamente construida; hay estructuras o construcciones utópicas que son verdaderas ciudadelas celestes, y las técnicas tradicionales han enseñado que el rito de su visualización, de su recorrido virtual y de su identificación con ellas, abren la posibilidad de establecerse en el recuerdo que promueven. Gershom Scholem describe sobre la técnica cabalística:

El estudioso de la Cábala debe comenzar por la contemplación de las diez *sefirot*. Durante la meditación, éstas han de convertirse en objetos de un conocimiento exterior adquirido por el mero aprendizaje de sus nombres como atributos o como símbolos de Dios (...) sólo a partir de ahí debe pasar a las 22 letras, que representan un estadio más avanzado de profundización.<sup>23</sup>

Esta técnica sagrada tiene también una aplicación práctica. Frances Yates nos la sintetiza de las fuentes de Cicerón (*De Oratore*), de Quintiliano (*Instituto Oratoria*) y de *Ad Herrenium*, de la siguiente forma:

Consistía en memorizar una serie de partes de un determinado edificio y conectar con cada una de ellas ciertas imágenes que sirvieran para recordar al orador varios puntos del discurso. El orador, mientras hablaba, seguía mentalmente el orden de la sucesión de los varios puntos memorizados, extrayendo de cada uno de ellos las imágenes que debían atraer a su memoria determinados conceptos de su discurso.<sup>24</sup>

Y más adelante matiza que este método no era el único, y de Metrodoro de Scepis dice que la base de su método, la que se fundamenta en la construcción mental, estaba basada en el conjunto de constelaciones zodiacales:

La experiencia religiosa de los gnósticos herméticos consistía en reflejar el universo dentro de la propia memoria.

Son construcciones vivas, y los textos herméticos no han diferenciado entre los planetas, las estrellas y los dioses, como tampoco se diferencian de los hombres y sus obras en tanto aspectos de la identidad que los genera. Nos dice A. K. Coomaraswamy:

Todas estas formas dimensionadas (*nirmita*, *vimita*) son explícitamente "casas", habitadas y llenadas por una Presencia invisible, y representan sus posibilidades de manifestación en el tiempo y el espacio; su razón de ser es que la Presencia invisible pueda conocerse a sí misma. Pues este Principio unificador y constructivo, que es el Espíritu o Sí mismo de todos los seres, está sólo aparentemente confinado por sus habitaciones, que, como todas las imágenes, sirven sólo como soportes de contemplación; y ninguna de ellas es un fin en sí misma, sino medios más o menos indispensables para la liberación de todo tipo de recinto.

Esta liberación que pasa por una desidentificación del mundo de los fenómenos, de las formas egóticas exteriores y de la individualidad, las que han servido como vehículos para reconocer nuestra verdadera identidad, nos lleva ante la presencia del Sí mismo, el Principio supremo que ocuparía el punto más alto de cualquier construcción, o por

encima de ella; lo hemos visto en el simbolismo que unánimemente se le ha otorgado a la estrella polar del cielo, a la piedra angular del templo, a la coronilla del hombre, etc. Al respecto, continúa diciendo Coomaraswamy:

El templo, por ejemplo, tiene ventanas y puertas por las cuales el morador puede mirar y salir, o inversamente retornar a sí mismo; y éstas corresponden en el cuerpo a las "puertas de los sentidos" a través de las cuales uno puede mirar en los tiempos de actividad, o desde las cuales uno puede retornar al "corazón" del propio ser de uno cuando los sentidos se retiran de sus objetos, es decir, en la concentración. Sin embargo, en teoría, hay otra puerta o ventana, accesible sólo por una "escala" o la "cuerda" de la que nuestro ser está suspendido desde arriba, y a cuyo través uno puede emerger de la estructura dimensionada de manera que ya no está más al nivel de su suelo, o dentro de ella, sino enteramente por encima de ella.<sup>25</sup>

Esta estructura mnemotécnica que en nuestro caso toma al paradigma cósmico como una ciudad celeste y que a la par de poderse construir formalmente se construye también en el imaginario particular y en el colectivo, tiene particularidades precisas: supone que nos convirtamos tanto en el arquitecto constructor como en el habitante de nuestra propia construcción; uno destruye y construye en tanto crea conveniente que así sea hecho; es por lo tanto el ciudadano de un espacio que se crea mientras se vivencia o se transforma en el propio imaginario bajo la sucesión de un tiempo propio tal como una obra literaria o un tipo de narrativa autobiográfica que nos describe bajo aquellos espacios simbólicos, sean antropomórficos, edificios urbanos, composiciones ajardinadas, trazados..., pero, eso sí, en el que todos ellos toman por común un único patrón celeste.

Asimismo, este modelo se incluye en el ideario popular al que evocan las prácticas colectivas, las fiestas populares, cuyos orígenes míticos hilan el tiempo y permiten actualizar lo que en el tiempo atemporal fue revelado a los hombres, de tal forma que mediante ellas es que se renueva el tiempo<sup>26</sup> con todos los efectos que ello implica en el devenir;<sup>27</sup> no es difícil advertir en las danzas tradicionales una imagen de la geometría del cosmos: configuración y alternancia de parejas, círculos, ritmos, cantos, construcciones humanas, peregrinaciones, romerías..., y todo ello conjugándose con elementos de la naturaleza: los ígneos, los florales, el árbol (una de las imágenes del universo más difundidas), o la montaña sagrada, etc., que año tras año en las fechas propicias muestran su luz en calles, edificios, plazas, estatuas o jardines, mezclándose con los ciudadanos en un tiempo significativo, regulado por el astro solar para ritualizar los diferentes aspectos de las energías de los cielos. Cada uno de los que participan de la dramatización colectiva es una memoria viva y la ciudad el ámbito, el lugar o el marco en que el tiempo fecunda estos acontecimientos, constituyéndose por lo tanto como un lugar propicio de meditación:

Día a día se ofrecería a la contemplación todos los monumentos de la ciudad

que recordaban un pasado legendario, de forma que los ciudadanos nunca olvidarían el nexo existente entre la topografía de su ciudad y el rito por el que había sido establecido su ordenamiento en el principio.<sup>28</sup>

El ciudadano recorre, transita y une en sí mismo lo de arriba y lo de abajo.

El romano que caminaba a lo largo del cardo sabía perfectamente que aquella vía era el eje en torno al cual giraba el sol y si seguía el decumanus, tenía conciencia de seguir su curso.<sup>29</sup>

Todo ello en pos de una anamnesis individual y colectiva, un proceso análogo a la construcción de la ciudad (entendido en el sentido inverso de la analogía), en el que ésta se constituye como un medio reconciliador entre el hombre y su identidad, un trazado que actúa como recuerdo o memoria promotora de una experiencia interna, de una vivencia que no puede ser aislada como objeto, sino entendida como un diálogo directo entre el mundo sensible y aquellos estados que se le yuxtaponen y que conforman los diferentes peldaños para todo camino de Conocimiento.

### El modelo arquetípico de ciudad

"Ni antes ni después estaba el espíritu de Dios moviéndose sobre la faz de las aguas", leemos en Dante. El concepto de ciudad se fundamenta en el arquetipo universal, incorporando en su geografía su estructura, de tal manera que es la raíz, aquello que le da sentido y a lo que permanentemente se está refiriendo.

Pertenece al legado tradicional un arquetipo con el que identificar la ciudad: la Ciudad Celeste, en la que solamente reside un habitante, el Principio divino, uno en su esencia y doble en su naturaleza, el que, por su sola presencia, la crea, la anima, y le imprime su propio orden y medida. Pero el manifestarse aparentemente como múltiple, como residente en todo, implica un sacrificio de su unidad en el origen mismo de Su creación, es decir, que se divide aparentemente en dos, uno fijo e inmutable y otro que aparece como móvil y sujeto al cambio bajo la multitud de habitantes que pueblan la ciudad, pero que en realidad no existen sino en él, producidos por su rayo y vivificados por su hálito. Hay un mito del *Kathâ-Sárit-Sàgara* que nos recuerda René Guénon, en el que existe:

una ciudad enteramente poblada de autómatas de madera, que se comportan en todo como seres vivos, salvo que les falta la palabra; en el centro hay un palacio donde reside un hombre que es la "única consciencia" (*ékakam chétanam*) de la ciudad y la causa de todos los movimientos de esos autómatas, fabricados por él mismo.<sup>30</sup>

Esta figura del carpintero es la imagen del Principio divino que construye y ordena el Universo. Este arquetipo de la ciudad tiene como consecuencia inmediata la ciudad

cósmica, que es el modelo de toda ciudad merecedora del calificativo de tradicional. La ciudad terrestre estará pues en concordancia con la creación o manifestación universal, también llamada macrocosmos o universo, es decir, el conjunto de estados – la mayor parte de ellos invisibles e inimaginables– que colman el "ámbito" que se produce entre esta primera dualidad, la Esencia y la Substancia universales; también leemos en el *Asclepios*:

En cuanto al conjunto de la creación, obedece a ese gobernante supremo que es su señor, de manera que no se trata de una composición múltiple, sino de una unidad, ya que si todos los seres se encuentran supeditados al Uno, y derivan del Uno, aunque vistos por separado parezca que su número es infinito, al considerarlos en su conjunto, se ve que constituyen una unidad o mejor, una díada, de quien todo procede y por quien todo es producido.

La ciudad cósmica, utópica, prototípica, es el referente de la ciudad terrestre, aquel a imitar; la ciudad que partiendo del centro arquetípico se expande hasta llegar a los límites de sus posibilidades, estabilizándose entonces de forma concreta.

Geométricamente, el trazado más habitual para representar el cosmos es el que parte de un centro, el que se puede ver polarizado en forma de huevo, al que no se le puede asignar un origen ni ubicar en ningún espacio, si bien en él las cualidades temporales y espaciales están incluidas, como fundidas en su unidad; su irradiación lo expande en todas las direcciones, las que se sintetizan en cuatro ejes ortogonales si es en un plano, o seis ejes si es en el espacio tridimensional, y que llegado al límite de su extensión, las líneas o planos perpendiculares a cada uno de estos ejes nos darán la forma de un cuadrado o un cubo respectivamente, de tal modo que sintetizan, fijan y estabilizan a la circunferencia y la esfera, formas éstas que, aunque hoy no son muy habituales en la construcción, también han sido utilizadas para representar este modelo, sobre todo por los pueblos nómadas (aunque no exclusivamente), los cuales no tenían una residencia fija, es decir "estable", estando la forma circular, dinámica y móvil, más en consonancia con su naturaleza.

### La ciudad terrestre

Hablando de la ciudad construida según el modelo del cosmos, he aquí lo que nos dice Federico González:

El plano de la ciudad de los hombres ha de ser un calco de los números y medidas que rigen el universo, y una manifestación ritual del plan divino que ejecutan los dioses. La ciudad y la cultura entera testimonian esta actitud y este conocimiento expresado a través de las leyes de la analogía, o de correspondencia inversa; establecen de este modo una comunicación con lo celeste, un vínculo entre tierra y cielo, entre un plano conocido y otro desconocido, entre los seres visibles y las energías de los númenes invisibles.<sup>31</sup>

El legado Tradicional y unánime nos enseña que existe una correspondencia entre el hombre –que ha sido creado a imagen y semejanza de su creador, la Deidad– y el universo. Es por ello que el conjunto de la manifestación es fundamentalmente simbólico, incluso la fertilidad y renovación inagotables, que son también aspectos de su única realidad, de la que podemos decir que el Hombre Verdadero coparticipa ubicado en la posición central y sintética de este mundo. Tenemos que entender también que la simbólica es en todo rigor una ciencia exacta tal como el cosmos lo es en todas sus manifestaciones; se la reconoce entonces como sagrada porque proporciona vínculos y uniones entre los diferentes mundos y en su completa interrelación describe el discurso universal. La ciudad es un pequeño modelo revelado de la gran ciudad celeste, el alma del mundo, la que es idéntica a la del hombre, y

que cada quien posee dentro de sí, e igualmente puede reconocer en sus semejantes, o compartir con ellos, ya sea en el presente o en el pasado, mediante la posesión de su conocimiento secreto, es decir lo que se ha dado en llamar el Colegio Invisible, la Ciudad de Dios, o la Iglesia Secreta.<sup>32</sup>

Pero el hombre no la reconoce al haber caído en un olvido progresivo: está, por tanto, oculta y velada. La tradición esotérica, esencial en la historia, toma esta forma como soporte mnemotécnico o de conocimiento, la que permite maclar lo cotidiano con lo sagrado, constituyéndose así en un soporte valioso para penetrar en los aspectos sutiles del Ser. Este espacio es entonces un espacio ordenado y ordenador, y el hombre es coparticipante en su estructura, siendo sus gestos y acción una actividad ritual, la que pone en sincronía ambos órdenes, el ciudadano terrestre con el ciudadano celeste, el yo individual con el Sí Mismo.

De este modo podemos hacernos una idea de la realidad construida en las ciudades de la antigüedad, constantemente reconstruida y recompuesta en la imaginación de sus habitantes y repetida en numerosas ciudades análogas, pobladas una y otra vez por figuras simbólicas y de puntos de referencia de la memoria.<sup>33</sup>

La ciudad tradicional está calculada y extrae sus medidas del diseño cósmico, y como tal es evocadora de una genealogía divina donde los diferentes dioses que habitan en el mundo intermediario ocupan un lugar significativo, constituyéndose en sus focos principales; su propio espacio está trazado para permitir la cohabitación con los ciudadanos; conforman un conjunto de estructuras multidimensionales, celestes y terrestres, que se interrelacionan y que se expresan en un tiempo y en un espacio que tiene que ver con sus cualidades, manifestando de una manera particular el orden del conjunto bajo la armonía y la belleza que reside en las formas, las que pueden ser compartidas e interpretadas por los habitantes como el resultado inmediato de este orden, su traducción sensible. De este nos dice Dionisio Areopagita:

Lo bueno y lo bello, unidad esencial, es pues la causa general de todas las

cosas bellas y buenas. De allí viene la naturaleza y la subsistencia de los seres, de allí su unidad y distinción, su identidad y diversidad, su similitud y su desemejanza; de allí los contrarios se alían, los elementos se mezclan sin confundirse, de allí las cosas más elevadas protegen a aquellas que lo son menos, las iguales se armonizan, las inferiores se subordinan a las superiores, y así todas se mantienen por una inmutable persistencia en su condición original. De allí aún todos los seres, en razón de su afinidad recíproca, se influyen, se adaptan el uno al otro, y entran en perfecto acuerdo, de allí la armonía del conjunto, y la combinación de las partes en el todo, y el inviolable mantenimiento del orden y la perpetua sucesión de las cosas que nacen y perecen, de allí en fin el reposo y el movimiento de los espíritus puros, de las almas y de los cuerpos; pues aquél es reposo y movimiento para todos, que, por encima del reposo y del movimiento, da a cada cosa su inmutable razón de ser, y le imprime el camino conveniente.<sup>34</sup>

Ello en un ámbito vivo que se desenvuelve con todo tipo de asociaciones y discordias, con enfrentamientos entre las diferentes generaciones de dioses que intentan destruir el orden existente y luchan para conquistar el cosmos, resolviéndose mediante amistades y odios, donde sus moradores, ya sean alados o reptantes, celestes o ctónicos, padres o hijos, describen un mundo de posibilidades cuya tendencia es conjugar la tensión de los opuestos y cuya epopeya se ensambla con nuestra alma, invitándonos permanentemente a compartir la ciudad terrestre con la ciudad celeste.

El Alma Universal es una sola, jerarquizada en diferentes niveles, una cadena de mundos interactuantes, un todo interrelacionado y ordenado donde lo inferior extrae su realidad de lo superior como si de un descenso se tratase; desde lo más alto, oculto y esencial a lo más bajo y evocador de las formas, las que se encuentran en la ciudad y en nosotros;<sup>35</sup> por cada uno de estos mundos transitan sus moradores correspondientes influyendo a su vez cada uno de éstos en la totalidad del conjunto. Así nosotros, así la ciudad y así el alma del mundo; lo que hacemos en la tierra repercute en el universo y repercutiendo en el universo repercute de nuevo en nosotros, de ahí que el hombre pueda también calificarse como mago, teurgo, artista o constructor. Dice a este respecto Federico González:

Ejercer acción sobre una cosa es ejercer esa acción sobre un conjunto innumerable de cosas en un mundo concebido como concatenado; igualmente hacerlo sobre un ser humano implica realizarlo en toda la humanidad (...) somos señales en un mundo de señales y el mago es un generador, operando sus ritos ancestrales, renovando el mundo a perpetuidad. Sus ceremonias no son vanas, al contrario, son imprescindibles para que se reconozca el Sí Mismo dentro de sí mismo; son por lo tanto tan arquetípicas como necesarias y su acción inmediata, y sobre todo mediata, es fundamental, y pueden fructificar en innumerables formas, y cada una se organizará en conjuntos y éstos en estructuras precisas, las que terminarán

manifestándose concretamente.<sup>36</sup>

Por otra parte, podemos ver que son muchas las formas simbólicas que las diferentes vías tradicionales han utilizado para expresar el Alma del Mundo. Las Artes y los Oficios han sido vehículos apropiados (en el caso que nos ocupa podemos destacar el arte de la geometría, estrechamente vinculado al de la construcción y al de la aritmética), y también se han revelado en el conjunto de nuestro mundo y su naturaleza como da cuenta de ello la astronomía, la alquimia, la agricultura, o la geografía y la historia, las que constituyen un lenguaje verdaderamente cosmogónico; pero tenemos que decir que para nosotros los occidentales la vía Hermética, además de las ciencias citadas, entre otras, nos ha proporcionado el "mandala cabalístico" del Arbol de la Vida *Sefirótico*, un diagrama sintético y preciso de la magna ciudad, interpenetrable y complementario con cualquier otra cosmografía, como es la de la ciudad; de este diagrama diremos que de las diez esferas o *sefiroth* con que se representa, a la construcción cósmica o alma del mundo propiamente dicha tan sólo hacen referencia las siete últimas, las que se ubican en los planos de *Beriyah* (el aspecto superior y aéreo del alma), de *Yetsirah* (que se corresponde a su vez con el alma inferior) y de *Asiyah* (el mundo concreto que es perceptible por los sentidos).

Del Arbol sefirótico dice la tradición hebrea que es tanto un diagrama del mundo como del hombre, o sea del macrocosmos y del microcosmos.<sup>37</sup>

Añadiremos que todas las tradiciones han utilizado el símbolo del círculo, o bien del cuadrado, con la cruz inscrita en su interior, aunque también han sido utilizados otros diseños geométricos para destacar ciertas cualidades particulares,<sup>38</sup> respecto a la forma cuadrada, ésta es la más utilizada para trazar las ciudades y los templos, que se orientan normalmente al sol naciente (el oriente), de donde nos llega la nueva luz del día. En el año se corresponde con el equinoccio de primavera, la "primera luz", la que emana de los orígenes siempre presentes, mientras que su ascenso a ritmo diario conduce hasta el solsticio de verano. Ese ascenso es paradigma de todo viaje iniciático a favor de la iluminación, que es lo mismo que el despertar del alma en y por el conocimiento; pero a partir de ese momento da comienzo el descenso hasta el punto más bajo, el solsticio de invierno, pasando por el equinoccio de otoño (el occidente), asimilado a la oscuridad, a la ignorancia y a la muerte. Occidente, del latín *occidere*, significa caer y también morir.

Diremos, por otra parte, que esta simbólica se presta a una lectura que nos permite transitar del simbolismo astronómico al puramente iniciático y espiritual; y entonces el solsticio de invierno se considera el punto más luminoso, una puerta que se abre al año nuevo, y por la que se sale a lo supracósmico y metafísico, de ahí que se denomine la "puerta de los dioses",<sup>39</sup> como el solsticio de verano se denomina la "puerta de los hombres", por la que se entra en el cosmos y la manifestación. De acuerdo con la cita anterior de A. K. Coomaraswamy, a la "puerta de los dioses" alude un antiguo ritual masónico con las siguientes palabras:

Renovemos la antigua alianza de los constructores, danos fuerza para abrir las puertas del solsticio y permite que la voluntad que un día sembramos ascienda a través del laberinto de nuestra piedra.<sup>40</sup>

En todo caso la ciudad no es sino una referencia permanente al centro –o a esta puerta estrecha solsticial– del que extrae su razón de ser y le confiere el conjunto de sus posibilidades, aquellas que están sujetas a las tensiones cardinales, expresión del cuaternario que organiza y abarca el conjunto de su realidad.<sup>41</sup>

### Al hilo del tiempo

Digamos primeramente que la fundación de lo que normalmente se entiende por ciudad, siguiendo los patrones grecolatinos *polis* y *civis*,<sup>42</sup> está precedida por una larga trayectoria de asociaciones entre los hombres (todas ellas con el reconocimiento de los dioses y el patrón cósmico por común), que vienen determinadas por el tipo de agrupación que mejor se adapta a cada periodo histórico, la primera es la que une a los miembros de un mismo linaje espiritual (vertical) constituidos como una familia, la que solía coincidir con una vinculación sanguínea (horizontal); es la que ha acompañado al hombre la mayor parte de su historia y que podía llegar a agrupar a varios centenares de familiares descendientes de un mismo bisabuelo, o a varios miles si se asciende a otro bisabuelo; era la institución llamada *gens* en la tradición de Roma,

en la que el pater familias mismo oficia como sacerdote del hogar, celebrando diariamente el Agnihotra (culto al fuego) en el círculo doméstico.<sup>43</sup>

Esta institución contaba con una cadena de antepasados propia y sus dioses a ella vinculados. He aquí lo que nos dice al respecto Fustel de Coulanges cuando habla del recuerdo de las antiguas generaciones, el cual:

no ha podido extinguirse completamente, y que han legado sus creencias y sus leyes a las generaciones siguientes. Cada familia tiene su religión, sus dioses, su sacerdocio. El aislamiento religioso es su ley; su culto es secreto. En la muerte misma, o en la muerte que le sigue, las familias no se mezclan: cada una sigue viviendo aparte en su tumba, de la que queda excluido todo ser extraño. Cada familia tiene también su propiedad, es decir, su parte de tierra que está ligada a ella inseparablemente por su religión: sus dioses Términos guardan el recinto, y sus Manes velan por ella (...) Cada familia tiene su jefe, como una nación tendría su rey. Tiene sus leyes, que seguramente no están escritas, pero que la creencia religiosa graba en el corazón del hombre. Tiene su justicia interior, por encima de la cual no hay otra que pueda apelarse. Cuanto el hombre necesita perentoriamente para su vida material o para su vida moral, la familia lo posee en sí. No necesita nada de fuera: es un Estado organizado, una sociedad que se basta a sí misma.<sup>44</sup>

Posteriormente, por cuestiones cíclicas, las familias se asocian para adaptarse a los tiempos sin perder o sacrificar su esencia; primeramente se mantendrán los cultos, los ritos y las divinidades propias de cada familia; luego, a medida que los antepasados se comparten, se irán unificando al igual que las vinculaciones exotéricas; son las llamadas en lengua griega *fratrias* y en la latina *curias*, entidades independientes y soberanas, las que en su momento repiten el mismo proceso de unión para formar una *tribu*, la que a su vez, llegado el tiempo, verá necesario congregarse con otras de modo ritual –tal como en las asociaciones anteriores–, para crear un nuevo orden de un mismo modelo: la ciudad; se dice que Teseo reunió en un solo culto –el de Atenea Polias– a todo el Atica y estableció como centro espiritual el Pritáneo de Atenas, de forma que quedó fundada la unidad ateniense.

La ciudad supone entonces una confederación original de cultos y cosmovisiones en un nuevo espacio, y ello manteniendo una integración jerárquica de la tradición familiar, de la establecida por los grupos familiares y la de las tribus a las que pertenece cada ciudadano; un espacio fecundado por una larga cadena de dioses o potencias donde la "genética" espiritual de sus ciudadanos es la que permanece en la ciudad, configurando un nuevo centro común de irradiación sapiencial, lleno de correspondencias y analogías que ligan permanentemente el mundo sensible con las energías que lo configuran.<sup>45</sup> Tito Livio decía de Roma:

No hay espacio en esta urbe que no esté impregnado de sus dioses y no esté ocupado por alguna divinidad (...) los dioses la habitan.

Tenemos que matizar que estas transformaciones cíclicas no son el resultado del perfeccionamiento progresivo del modelo social tal como se podría pensar según una visión evolucionista, sino más bien al contrario. En efecto, por un lado las asociaciones siguen sus propios ciclos, lo que implica un nacimiento, un crecimiento, una maduración y una muerte, la que es preconizada por el comercio de favores con los dioses (los de más baja estatura) y la que presintiéndose cerca deposita su herencia o su sabiduría en las construcciones, en escritos, en la memoria de los ciudadanos, en las costumbres populares o allá donde pueda atravesar las fronteras propias de su ciclo, conformando un legado mnemotécnico más estable y substancial. Diríamos que el transcurso del tiempo conlleva esta disminución del aspecto esencial y un aumento del substancial, y hay que ver que este desarrollo de los aspectos más substanciales (o materiales) es lo que hoy día se entiende como evolución.

### **La fundación de la ciudad. El rito**

La ciudad no puede ser entendida como un hecho aislado, utilitario o fortuito; la fijación en una forma tal se corresponde con un prisma geográfico y temporal mediante el que se traduce de manera muy reducida el contenido universal; la estructura que le da cuerpo no es sino un mismo modelo cósmico, el que ha sido utilizado en todas aquellas ciudades o construcciones que bajo diferentes formas y

coloridos han expresado el legado de la cultura tradicional.

Por ello, Platón entendía la ciudad como una idea más utópica que geográfica, y al respecto René Guénon apunta:

Había en efecto, en la antigüedad, como ya lo habíamos indicado anteriormente, lo que podría llamarse una geografía sagrada, o sacerdotal, y la posición de las ciudades y templos no era arbitraria, sino determinada según leyes muy precisas (...) Además, entre la fundación de una ciudad y la construcción de una doctrina o de una nueva forma tradicional, por adaptación a condiciones definidas de tiempo y lugar, había una relación tal que la primera era tomada a menudo para simbolizar a la segunda. Naturalmente, se debía recurrir a unas precauciones muy especiales cuando se trataba de fijar el emplazamiento de una ciudad que estaba destinada a convertirse, bajo un aspecto u otro, en la metrópolis de toda una parte del mundo; y los nombres de las ciudades, tanto como lo que se relaciona con las circunstancias de su fundación, merecerían examinarse cuidadosamente desde este punto de vista.<sup>46</sup>

Son diferentes los motivos con los que se podría vincular la fundación de una ciudad. Tengamos en cuenta que la geografía no es estática sino que está sujeta a transformaciones en su forma y en su clima, que las cualidades tanto de un territorio como del tiempo están en perpetua conjunción y "movimiento", pero podríamos decir que desde el punto de vista que nos interesa los orígenes son realmente misteriosos, como lo son el nacimiento de cualquier cultura, civilización o de un ser humano, y es que de hecho la ciudad se funda "*ex-nihilo*".

La fundación tradicional siempre ha sido mediante un rito que recrea la creación del universo, con sus prescripciones y fórmulas rituales, en las que estaba comprendido el sacrificio y donde se invocaban himnos y se establecían vinculaciones con las potencias celestes; en los libros rituales romanos aparecen lecturas de augurios y de cómo propiciar a los dioses, también sobre la muerte, los mundos celestes, las prácticas interpretativas de las entrañas de las víctimas sacrificiales y de los fenómenos atmosféricos;<sup>47</sup> asimismo, y como ha dejado escrito Festo, la misma idea aparece en los rituales etruscos sobre

la consagración de altares y templos, la bendición de los muros, las normas para distribuir las puertas y para organizar tribus, curias, centurias...

Por otra parte, con la ciudad nace una nueva comunidad; para ella el héroe fundador es de vital importancia, pues es el que dispone de la ciencia sacerdotal, de la que extrae la sabiduría y las esencias ocultas, y gracias a las coordenadas celestes discierne el lugar apropiado para manifestarlas. Por él se manifiestan los dioses; de ellos recibe la tierra y con ellos dialoga mediante códigos simbólicos, lo que le permite adquirir su

beneficente cuando se dan las condiciones espacio-temporales que posibilitan recrear el orden celeste, es decir la cosmogonía, de la que se convierte en intérprete, siendo entonces cuando en concordia y en unión con todo ello funda la ciudad.<sup>48</sup> En el héroe civilizador se encarnan el mito y el panteón de los dioses cósmicos, los que quedan vinculados a la ciudad por su intermedio. La fundación de la ciudad ritualiza pues la propia creación del mundo, floreciendo de nuevo los genes civilizadores, la verdadera historia, la vertical y simultánea, la que era cantada, bailada o teatralizada, y también contenida en el fondo popular.

La ciencia oracular era particular de cada cultura. Esta consistía en descifrar los códigos con que los dioses manifestaban su voluntad a los hombres para determinar el lugar y la fecha en que debía fundarse la ciudad; por ejemplo, los samnitas seguían los rastros de ciertos animales (especialmente los del lobo o el pájaro carpintero), y los latinos desarrollaron la ciencia de los augurios o de los auspicios (de "*avis*", pájaro, y "*spec*", observar) mediante el conocimiento del vuelo de las aves. Esta ciencia, como tantas otras cosas, la heredan de los etruscos, y consistía principalmente en la lectura que el *haruspex* hacía de las entrañas (hígado e intestinos)<sup>49</sup> de un animal sacrificado.<sup>50</sup> Las deidades de esta manera guiaban y marcaban el destino de los hombres, pero también les permitían conducirse en aquellos acontecimientos que de una u otra forma estaban aún por llegar.

Todo en la fundación de la ciudad se circunscribía a un marco ritual y mítico, y, como decíamos, el origen de ésta no se puede desvincular de la idea de sacrificio, pues el rito fundacional requiere ponerse en correspondencia con el origen de los diferentes mundos celestes; en efecto, esa idea hace referencia al sacrificio primordial, al que se autosomete la unidad primigenia para devenir la multiplicidad de la manifestación, tal como lo hace el sol –símbolo de la Inteligencia Cósmica– para las tradiciones brahmánicas y budistas, el que despliega mediante sus rayos el conocimiento intelectual que le es inherente (Mitra), generando así vida a todos los seres e iluminando todos los mundos desde su presencia indivisible; también al desmembramiento de Purusha, al de Osiris en Egipto y al del maestro Hiram en la masonería; desmembramiento que supone el descenso del espíritu hasta sus límites, la materia corporal, la que en el otro extremo, al ser sacrificada, invierte su sentido para retornar a su lugar de partida.

El nacimiento de la ciudad supone también el nacimiento de un tiempo que participa de la actualidad mítica con la que se corresponde y con la que es contemporáneo:

[La función de tales encantamientos] consiste en irrumpir el transcurso ordinario del tiempo (...) haciendo que el lugar preciso al que se aplica (el rito correspondiente) se sustraiga de las influencias que normalmente actúan sobre él, insertando el gran tiempo de la revelación en el transcurso del tiempo precisamente en este momento.<sup>51</sup>

No es entonces de extrañar que una nueva ciudad requiera de un calendario propio.<sup>52</sup>

... los romanos contaban los años *ab urbe cōndita*,

dice Fustel, y los acontecimientos pretéritos que ocurrieron antes de la fundación no pertenecen a su historia, no entran en su cosmología; la ciudad es un *templum* palabra de la que extrae su significado *tempos*, con la análoga estructura cuaternaria.

Así pues, el centro de la ciudad se constituye en el lugar sagrado que intermedia entre el cielo y la tierra, siendo el que une e interrelaciona a todos los mundos entre sí; es igualmente el centro de todos los tiempos, y esto permite que lo que fue revelado por los dioses a los hombres en los orígenes pueda ser perpetuado y encarnado ininterrumpidamente por todos los que cumplen esa función. Ahí se genera y de ahí se expande la ciudad, a la que se pone un nombre, hecho éste que es considerado de gran importancia, pues fija su "unidad" u origen suprahistórico, además de su "individualidad" específica.

En efecto, el cometido sagrado que una nueva ciudad viene a cumplir era ensalzado por el nombre de la misma, existiendo una relación o vínculo inseparable entre el nombre y lo nombrado, tal cual la forma y la idea que traduce;<sup>53</sup> se ponen incluso diferentes nombres atendiendo a los distintos niveles de profundidad que, como si se tratara de un ser vivo, una misma ciudad expresa; así Roma, que tuvo por madre la ciudad de Alba Longa (donde Alba significa blanca y por extensión lugar iluminado), se dice que tenía por nombre "secreto" Floralia y también Amor; lo mismo Jerusalén, la "ciudad de la Paz", que era la ciudad visible de la *Salem* de Melqui-Tsedek; o la antigua ciudad de la Luz, Compostela, literalmente "campo de estrellas",<sup>54</sup> etc. Nombres todos ellos evocadores de su amplio significado, más relacionado a un aspecto cualitativo y sutil que a algo definible y concreto.

Como decimos, los lugares en que los dioses han determinado que se fundasen las ciudades han sido en muchas ocasiones toponimias precisas en donde "cristaliza" el centro del mundo; y tal como de ese centro se genera el universo, se generan aquí en la tierra las ciudades, las culturas, las civilizaciones y los imperios. Sus ejes fundamentales vienen dados por la axialidad de las luces celestes, encarnaciones de los dioses uránicos, entre ellos el astro apolineo, el sol, cuyas luces se proyectan sobre la superficie de la tierra, que las recoge y fija.

Tenemos así que los lugares especialmente señalados por el rito de la orientación se acoplan al orden o al ritmo del universo; el eje vertical por excelencia está simbolizado por aquel que pende de la estrella polar (el cenit), y cuyo extremo llega hasta el centro de la tierra (el nadir), que es simbólicamente el punto más bajo del universo. Este eje determinará, gracias al rito fundacional, el centro de la construcción<sup>55</sup> de tal forma que se convertirá en el verdadero centro del mundo en la tierra; de ahí, de la expansión de ese centro<sup>56</sup> surge la cruz de los ejes horizontales como expresión del cuaternario

del que todo lo manifestado proviene. Son líneas que se trazan en la tierra y con las que se regula el orden espacial y temporal; se toma entonces al sol como imagen del polo, pues para nuestro mundo él es el foco generador de luz y centro referencial del espacio: él se dirige cada día de oriente a occidente, es decir traza la línea que va del este hacia el oeste (*decumanus*), y cuando lo observamos alcanzar su punto álgido al mediodía la sombra que proyecta en el suelo al topar su luz con nuestro cuerpo señala el eje norte-sur (*cardo*); ese movimiento solar produce los días y los años, es decir el tiempo de la vida de un hombre, y cuando se trata del movimiento precesional entonces acaece el gran tiempo de la historia, aquel en donde se desarrolla la vida de las civilizaciones y las culturas.

La orientación principal viene dada por el eje solstical norte-sur, que es un reflejo del eje propiamente vertical cenit-nadir; entre otros nombres a este eje norte-sur se le ha llamado el "gozne del mundo", pues se trata del eje en torno al cual el sol realiza su movimiento, y por lo tanto equivale al *axis mundi*, *sutratma*, *pilar del equilibrio*, etc.; por otro lado la orientación equinoccial este-oeste toma un papel secundario con respecto a la de norte-sur.<sup>57</sup> Estas líneas, decíamos, parten del centro designado, del *umbilicus* o *mundus*, y suponen una división de la tierra en cuatro partes o cuarteles (*conrectio*), según las diferentes orientaciones marcadas por el sol en su movimiento.

### El modelo etrusco-latino

Quisiéramos referirnos brevemente al rito fundacional propio de la tradición etrusco-latina. En esencia no difiere en contenido respecto a los ritos de construcción de las diferentes tradiciones, pues como hemos estado viendo la actividad que promueven en el hombre es la misma: la de su propio conocimiento y la del creador como soportes de lo no creado; sus ritos por otra parte parecen tener una común raíz indoeuropea:

Ciertamente, los más antiguos documentos sobre ritos de la delimitación y orientación son postvédicos (...) Sin embargo, en la India, mucho antes de la llegada de los invasores védicos (...) la orientación se practicaba a gran escala.<sup>58</sup>

Para la tradición Hindú el *Vástupurushamandala* conjuga en una estructura cósmica ortogonal un conjunto de propiedades numéricas que se pueden relacionar con las cualidades cuatripartitas del tiempo. Un esquema básico lo podemos trazar siguiendo el guión de la construcción del círculo y su cuadratura. Comenzamos pues con la aparición de la voluntad y la consecuente determinación de crear una ciudad; posteriormente la búsqueda, mediante la *contemplatio*, de un signo preferentemente celeste necesario para determinar el lugar, y la persona que posee la autoridad para la *inauguratio* es, como indica esta palabra, el *augur*. Este procede a proyectar la estructura celeste (el *templum*) en la cruz sobre la tierra, que no es otra que la *conrectio*.

El tiempo propicio y la conveniencia de la ejecución la determinaba el *haruspex* en el eje que pasa por el centro de la cruz estableciendo los tres niveles: tierra, hombre y cielo. Debajo del lugar donde se sitúa el centro se hace un hueco, es decir una concavidad: es el *mundus*, y sobre él se dispone el altar con el fuego, el *focus* de la ciudad. Desde ese lugar central el "agrimensor" traza los ejes sobre la tierra, la *orientatio*, y demarca mediante el cuadrado los límites del espacio, *limitatio*. Por último se ritualiza la consagración de la ciudad a los dioses en la *consacratio*.

Como ya dijimos, el héroe fundador es el que representa este eje vertical y por ello puede interpretar a los dioses, papel que en Roma toma el *augur*, que es el que establecía ritualmente con la *conregio* el plano celeste en la tierra previa delimitación del espacio y el nombramiento de los hitos que lo circundaban, como los árboles y otros accidentes significativos del terreno, a los que señalaba con el *lituus* (vara curvada en su extremo). Al mismo tiempo se desarrollaba la *conspicio*, mediante la cual el augur recorría con su mirada las líneas del cielo marcadas con el *lituus*, pronunciando sus *verba concepta* (encantamientos). Vemos así cómo el augur actuaba en tanto puente o pontífice en el que se conjugaban los diferentes planos o niveles cósmicos, los que a partir de entonces quedaban unidos e interrelacionados entre sí. Una vez escogido el sitio para la fundación se procedía a la *inauguratio*, en la que se determinaba el tiempo propicio, y cuyo

procedimiento consistía en convertir en centro del universo la colina en que se desarrollaba el rito (...) La función de tales encantamientos consiste en interrumpir el transcurso ordinario del tiempo y mediante la repetición del gesto arquetípico de un antepasado o un héroe míticos, renovar su acción poderosa, haciendo que el lugar preciso al que se aplica se sustraiga de las influencias que normalmente actúan sobre él, insertando el gran tiempo de la revelación en el transcurso del tiempo precisamente en este momento.<sup>59</sup>

y lo mismo para cualquier edificio sagrado:

La construcción de una morada humana o de un edificio comunitario es siempre, en algún sentido, una anamnesis, el recuerdo de la "instauración" divina de un centro del universo.<sup>60</sup>

El llamado agrimensor (el que mide la tierra) es el que descifraba las orientaciones cardinales imprimiéndolas en el territorio, recogiendo así la estructura básica de los mundos celestes<sup>61</sup> y distribuyéndola entre los hombres según las mismas características. Primeramente se trazaba el *cardo* (polos en griego) que separa lo izquierdo de lo derecho, los buenos de los malos augurios; pende del polo celeste, del cenit, y se constituye como el eje principal. Posteriormente el *decumanus* intersecciona el *cardo* justo encima del augur, intersección que es la misma que realizan la eclíptica celeste con el eje del ecuador terrestre.

Según afirma Adrián Snodgrass para Vitruvio la técnica con la que el agrimensor romano trazaba las direcciones era similar al método de los Silpa-sástras de la India y a los efectuados en China. La describe de este modo:

En el centro del lugar de la ciudad se coloca un *amúsium* de mármol, poniéndolo en el lugar exacto con la ayuda del nivel, o bien encontrando el punto exacto con la ayuda del nivel y la regla sin necesidad del *amúsium*. En el centro de ese lugar se levanta un gnomon de bronce o un "productor de sombra". Sobre la quinta hora de la madrugada se marca con un punto el final de la sombra producida por el gnomon. Entonces, abriendo el compás desde el centro hasta este punto, se traza un círculo. Por la tarde se vuelve a observar la sombra del gnomon, y cuando el final de ésta vuelve a tocar la circunferencia del círculo de manera que la sombra de por la tarde es igual de larga que la de la mañana, se marca ese punto. Desde esos dos puntos se trazan con el compás arcos que se intersecten. Se dibuja una línea que pase por las intersecciones y el centro de forma que cruce la circunferencia, así obtenemos los "cuartos" del Norte y del Sur. Después, utilizando la decimosexta parte de la circunferencia como diámetro, se describe un círculo con el centro en la línea del sur, en el punto donde cruza la circunferencia, se marcan los puntos de la derecha y de la izquierda y se repite lo mismo en el lado Norte. De los cuatro puntos obtenidos se dibujan rectas que intersecten en el centro de un lado de la circunferencia al otro. Así obtenemos una octava parte de la circunferencia orientada hacia el sur y otra octava hacia Septentrión. El resto de toda la circunferencia se deberá dividir en tres partes iguales cada lado, obteniendo así una figura igualmente proporcionada entre los ocho vientos. Entonces se puede trazar la dirección de las calles y pasadizos según las líneas de división entre los cuartos de los dos vientos.<sup>62</sup>

Se trata de buscar la correspondencia con la creación del cosmos y localizar el Espíritu universal en el espacio designado; una vez determinado el centro se genera un círculo, y de éste se extrae la cruz que determinan las cuatro direcciones, que llevadas a sus límites –los que determina el propio círculo– se representan mediante un cuadrado. Este cuadrado se corresponde con el *Vástupurushamandala* hindú.

Así se constituían correspondencias sutiles que establecían un tipo de atracción y de unión entre el cielo y la tierra; podemos observar que desde el punto de vista del hombre o de la tierra el círculo es trazado en correspondencia con el movimiento celeste, extrayéndose de su cualidad dinámica, la expresada mediante ese movimiento; también se observa que éste es regular, y que se repite día tras día y año tras año, lo que nos habla de su inmutabilidad y perennidad cíclica. Observemos también que el cuadrado, resultado de esta operación, es la fijación del círculo –la figura más perfecta– por medio de la cruz, lo que nos remite a la concreción, a la fijación o al soporte que toman el conjunto de las posibilidades que el círculo representa, es decir, las influencias celestes.<sup>63</sup>

Esta recreación del cosmos es válida para toda construcción tradicional, y esta es la razón de que se llegara a nombrar de la misma manera a cualquier espacio que recogiese esta estructura cruciforme, y más precisamente la cruz de tres ejes, donde se alude a la producción del cosmos desde su principio. Los romanos, por ejemplo, utilizaban el nombre de *Templum* para cualquiera de estas proyecciones terrestres, sea una ciudad, un edificio, un campamento, un jardín, un trazado..., pero incluso no era necesaria la construcción física.

En algunos lugares tendían unos límites materiales visibles y permanentes, pero estos no establecían su contorno real; el *Templum* quedaba delimitado por las palabras del encantamiento, los verba concepta, que establecían una red mágica en torno a los accidentes del paisaje que designaba el "augur". Pero no podemos desvincular al hombre de todo ello. En este sentido, nos apunta A. K. Coomaraswamy:

(...) debe entenderse que en la India, como en otras partes, no sólo los templos hechos con las manos son el universo en una semejanza, sino que el hombre mismo es igualmente un microcosmos y un "templo sagrado" o Ciudad de Dios (*brahmapura*). Puesto que el cuerpo, el templo, y el universo son así análogos se sigue que todo culto que se celebra exterior y visiblemente también puede celebrarse interior e invisiblemente; y que el ritual "grosero" no es, de hecho, nada más que una herramienta o un soporte de contemplación, pues los medios externos (justamente como era el caso en Grecia) tienen como su "fin y meta el conocimiento de El que es el Primero, el Señor, y el Inteligible [en nota: Plutarco, *Moralia* 352<sup>a</sup>]," en tanto que se distingue de lo visible. Se reconoce también, por supuesto, que "toda la tierra es divina", es decir, potencialmente un altar, aunque, necesariamente, se selecciona y prepara un lugar para un Sacrificio efectivo, y la validez de ese sitio no depende del sitio mismo sino de la del arte sacerdotal; y ese sitio está siempre, teóricamente, a la vez en un lugar elevado y en el centro u ombligo de la tierra, con una orientación hacia el oriente, puesto que es "desde el oriente hacia el oeste como los dioses vienen a los hombres." [en nota: *Çatapatha Brahmana* I.1.2.23, III.1.1.1,4].<sup>64</sup>

Como ya dijimos, bajo este sitio (el centro u ombligo –*omphalos*– de la tierra) se excava un espacio que se consagra a los tres niveles del universo: para Roma este espacio es el *mundus*,<sup>65</sup> y se corresponde con el corazón de Rómulo o con el centro de la ciudad y de la Tierra en su conjunto, un lugar de consulta a los oráculos y también una matriz o caverna que conecta con el inframundo:

Parece que con motivo de la fundación de Roma se excavó un "mundus" (...) Sabemos que el "mundus" era en cierto sentido un santuario consagrado a los "manes", las almas de los muertos.<sup>66</sup>

En él se depositaban ofrendas florales y frutos, y en ocasiones se mezclaban con la

tierra que los nuevos pobladores traían de su patria (de *pater*, padre) de origen. En ciertas ciudades el fundador era también enterrado en el centro de la ciudad y es conocido que esta cavidad se abría para ofrecer sacrificios tres veces al año; para ello se levantaba la piedra que la tapaba (*lapis manalis*, de manes), para depositar las ofrendas.<sup>67</sup>

Tenemos que ver en las almas de los muertos la conexión con el *illo tempore* (el Tiempo primero), que es otro de los elementos determinantes de la cohesión familiar, pues permitía a cada uno de los integrantes hacerse partícipe de sus orígenes míticos; no es de extrañar entonces que el lugar donde reposaban los antepasados estuviese incorporado al espacio cotidiano y que existiese un derecho de propiedad en relación a su culto; sin la propiedad y el culto no existía vínculo alguno y la cadena de antepasados quedaría errante.

Vemos al respecto que Platón, en las *Leyes*, señala la prohibición de vender estas tierras, y en todo caso la propiedad de las mismas corresponde al conjunto de los ancestros y a los descendientes por venir. Los que están vivos hacen uso de ella, pero sabiendo que esa tierra es el símbolo de la patria celeste, siendo éste el motivo principal de su carácter sagrado e inviolable, o sea que no podía ser vendida, confiscada o expropiada. Se recibía por herencia según dicta la vía tradicional, no según las inclinaciones y voluntades particulares de los que ejercían de eventuales propietarios.

La clausura de esta parte del ritual consistía en cubrir los objetos depositados mediante una piedra, de tal forma que permanecieran ocultos:

Una vez que fueron depositadas en él todas las cosas prescritas, fue cubierto con una piedra y sobre ella o al lado se erigió un altar, sobre el que se encendió un fuego (...); este fuego era el focus de la ciudad que recibiría su nombre en este preciso momento.<sup>68</sup>

El altar, en efecto, es el corazón de la ciudad, la piedra fundamental, la imagen del polo celeste que sintetiza en ella, como si fuera un huevo con todo el ser en potencia, todas las posibilidades de la ciudad, las que se multiplicarán como su prolongación natural hasta los cuatro extremos, donde se fijarán los límites; sobre el altar el fuego, *el focus*, y la columna de humo ascendente (como la imagen activa del *axis mundi*) discurriendo por el *pilar del medio*, intermediando con los altos mundos:

La ofrenda a quemar se transmite entonces a los dioses con el humo del fuego, y Agni funciona así como el sacerdote misal.<sup>69</sup>

El espacio, que ha adquirido entonces un nuevo significado y que ha impuesto un orden en la naturaleza caótica, ha de ser delimitado, ha de imponer los límites y las medidas a lo indefinido, ha de establecer el marco en donde el cosmos (el orden) se

desarrolla y expande. En la ciudad las murallas delimitan este espacio sacralizado. En este sentido Higino Gromático<sup>70</sup> relata que:

nunca se trazan límites sin una referencia al orden del universo, pues los decumani se marcan en línea con el curso del sol...

Las murallas podían incluso "desdoblarse" para delimitar diferentes espacios jerarquizados.<sup>71</sup> Tenían también una función protectora y delimitadora clave para la ciudad, y de ahí la permanente vigilancia a que estaban sometidas. Su violación se consideraba un acto grave y podía implicar hasta la muerte:

Así nos lo confirman las terribles penas que imponía el primitivo derecho romano a quienes destruían los límites, así como el culto al dios Términus con sus repetidos sacrificios cruentos.<sup>72</sup>

Pero el rito de fundación no quedaba en el olvido, sino que se conmemoraba anualmente, y dentro de él estaban incluidos los ritos de purificación y de renovación.<sup>73</sup> Durante su ejecución los ciudadanos recorrían de nuevo los límites de la ciudad con el fin de reiterar conscientemente la creación primordial tal cual lo hizo el rito fundacional, y para que las fuerzas que se ponían en acción mantuvieran el orden entre los que participaban, extendiéndose ese orden a los ámbitos del mundo sutil y espiritual, es decir tanto a los habitantes de la ciudad terrestre como a los de la ciudad celeste.

Y en el caso de constituir otra nueva ciudad se debía recrear el rito de fundación de la urbe original: este fue el caso de la nueva Roma, Constantinopla, mandada construir por Constantino.

Los dioses que cohabitan en las ciudades, están maclados en su geografía; de hecho una de las dificultades en las conquistas de otros territorios era la de desvincular a las deidades locales de la propia estructura de la ciudad, pues el hecho de arrasar a sus habitantes y edificios no suponía necesariamente la expulsión de aquellas.

Para los romanos si una ciudad quería ser conquistada en su totalidad se tenía que atraer primeramente a sus númenes tutelares, a quienes debían rendir culto. Esa atracción se llevaba a cabo gracias al rito del encantamiento, cuya efectividad tenía que ser verificada antes por el augur mediante los auspicios, y si éstos eran favorables la victoria estaba prácticamente asegurada al haber sido despojada la ciudad de su protección sutil. En determinadas ocasiones, la conquista era seguida de la eliminación total de la ciudad, y para ello se acudía a los "ritos de destrucción" o de "desfundación", de símil dramatización que los de construcción o fundación pero en sentido inverso.

Otras veces la ciudad conquistada no era arrasada, sino "desmembrada", pero a los

efectos era lo mismo. He aquí un ejemplo de esto último extraído esta vez del mundo griego:

cuando los espartanos tomaron la ciudad [de Mantinea] en el año 418 a.C. no la destruyeron, sino que la sometieron a un "disecismo", lo contrario del "sinecismo", desmembrándola en las cuatro aldeas que "en los viejos tiempos" se habían unido para formarla.<sup>74</sup>

### Una ciudad de Extremo Oriente

Según estamos viendo, las ciudades antiguas se han constituido como reflejos de la ciudad del cielo; y añadiremos que este era el caso también de países enteros, como por ejemplo la antigua China, la cual era llamada "el Celeste Imperio" y también "el Reino del Medio", *Chung Kuo*.<sup>75</sup> Su modelo, que se sintetiza en el cuadrado de nueve,<sup>76</sup> había sido revelado al emperador Yü el Grande, el cual lo vio reproducido en el caparazón de una tortuga. El Imperio se organizaba según ese modelo, de tal manera que quedaba dividido en nueve provincias, de las cuales la central<sup>77</sup> se correspondía con la capital del Reino, que a su vez tenía como centro el palacio imperial, la Ciudad (Púrpura) Prohibida,<sup>78</sup> situada en la actual Pekín, y orientada según los ejes cardinales determinados en su momento por la sombra de un *gnomon*. Dentro de ese palacio el emperador, como emanación directa de la estrella polar, se ubicaba en el centro del *Ming-Tang*, el "Templo de la Luz",<sup>79</sup> que tenía exactamente la forma del cuadrado de nueve (también llamado de Saturno, el regente de la Edad de Oro), reproduciendo así la totalidad del Imperio.

Para el pueblo chino el *Ming-Tang* no sólo era el centro de la ciudad y del Imperio, sino de la tierra entera y del universo, y las leyes que regulaban su orden armonioso venían dadas por las continuas relaciones entre los dos principios cósmicos: el *yin* y el *yang*.

En la ciudad no sólo el *Ming-Tang* es un compendio simbólico, también es todo aquello que conformaba su vida, en la que sus habitantes tenían un papel esencial, especialmente aquellos que pertenecían a la familia real o a la corte, los cuales se vinculaban a alguna estrella o constelación determinada. Pero en verdad ese orden emanaba y se extendía a los campesinos y sus tierras, así como a la lengua, las vestimentas, los colores, los ingredientes de las comidas, la música, las artes, las ciencias, y en general todo aquello que estuviese relacionado con la vida del hombre, pues todos estos aspectos eran reflejos de una misma realidad.

El *Ming-Tang* era también la "Casa del Calendario", integrando dentro de sí las coordenadas espacio-temporales, cuya unidad tipo la constituye el ciclo anual, con sus cuatro estaciones y puntos cardinales correspondientes. En este sentido, y pese a que constaba de ocho salas que rodeaban a la situada en el centro:

El *Ming-Tang* tenía en realidad doce al exterior, tres en cada uno de sus cuatro lados, de suerte que, mientras las salas del medio de los lados tenían una sola abertura, las salas de esquina tenían dos cada una; y estas doce aberturas correspondían a los doce meses del año: las de la fachada oriental a los tres meses de primavera, las de la fachada meridional a los tres meses de verano, las de la fachada occidental a los tres meses de otoño, y las de la fachada septentrional a los tres meses de invierno. Esas doce aberturas, pues, formaban un Zodíaco; correspondían a las doce puertas de la "Jerusalén celeste" tal cual es descrita en el Apocalipsis, y que es a un tiempo el "Centro del Mundo" y una imagen del Universo en el doble aspecto espacial y temporal.

En el transcurso del ciclo anual, el emperador efectuaba en el *Ming-Tang* una circunvalación en el sentido "solar", situándose sucesivamente en doce estaciones que correspondían a las doce aberturas, y en las que promulgaba las ordenanzas (*yue-ling*) que convenían a los doce meses; así se identificaba sucesivamente con los "doce soles", que son los doce *âdityas* de la tradición hindú y también los "doce frutos del Arbol de la Vida" en el simbolismo apocalíptico.<sup>80</sup>

Según esto el emperador era el pivote del tiempo, el sol que en su circular iluminaba y regeneraba un aspecto del *Ming-Tang*, imagen simbólica del cosmos. Y bajo el mismo significado el emperador circunvalaba durante el curso del año las ocho regiones restantes del país, cuya extensión, y la de la ciudad misma, eran concebidas simbólicamente como prolongándose hasta tocar con el límite del cielo, enmarcado por las dos estrellas *Tso Shu* y *Yu Shu*, la del este y la del oeste respectivamente, que delimitan el espacio celeste y por lo tanto el terrestre, el cual era fijado mediante el cuadrado, que abriéndose preferentemente al sur, en referencia a la luz y la vida, abraza a la ciudad y al país entero.

### Un ejemplo en Oriente Próximo

En Oriente Próximo la "Ciudad de La Paz",<sup>81</sup> conocida también como "ombbligo del universo" y hoy día como Bagdad, fue fundada en el año 762 por el califa abbásida Al-Mansur, que deseó traer la capital del Califato (hasta entonces Damasco) más hacia el oriente. Bagdad fue diseñada por magos, astrónomos y sabios que la ubicaron sobre la orilla oeste del río Tigris, y de su primera construcción hoy solamente se conservan descripciones escritas en las que se habla de una ciudad circular, en cuya zona central se encuentra un lugar ajardinado rodeando a la mezquita y el palacio del califa sobre el que se elevaba una cúpula verde; de esa zona partían cuatro ejes cardinales que se extendían más allá del recinto a través de cuatro puertas situadas en las murallas circulares, mientras que las viviendas estaban ordenadas según círculos concéntricos en los que se señalaba especialmente la división en doce partes, tal cual el anillo zodiacal. Diremos que en consonancia con todas las tradiciones el prototipo general de las

ciudades del Oriente Próximo es también cósmico, o sea que se generan siguiendo las direcciones de los cuatro ejes perpendiculares tal como estamos viendo. A su vez esos ejes son los límites de la ciudad, donde se ubican las puertas sobre un perímetro de forma cuadrada.

Empero, en el simbolismo constructivo, y en relación con la posición de las cuatro piedras de fundación hemos de considerar no las direcciones cardinales sino las intercardinales, de tal modo que si tomanos esa forma cuadrada, dichas piedras estarían ubicadas en el ángulo nord-este, sud-este, sud-oeste y nord-oeste, en correspondencia con los cuatro elementos (fuego, aire, agua y tierra), cuyo orden, por lo demás, nos da cuenta de una jerarquía.<sup>82</sup> Estos cuatro elementos tienen su localización no sólo en los ángulos<sup>83</sup> del templo, sino también de la ciudad, lo que de alguna manera nos indica que en cada parte de la ciudad (como en cada parte del templo) hay una proporción de ellos, siendo la suma de todas las combinaciones posibles lo que constituye la ciudad, pero considerado esto desde el plano puramente material, pues ya hemos visto que desde el punto de vista metafísico la ciudad es el resultado de una idea arquetípica "fijada" en la estructura del modelo cósmico.

El equilibrio o conjugación de las fuerzas provenientes de estos elementos, que debemos entender como principios del mundo corporal en correspondencia con los principios en el orden espiritual, se resuelve en el centro, que es de hecho el lugar de donde provienen unos y otros. En el centro está ubicado el éter, el principio supremo de los elementos, en un lugar elevado constituyéndose como el "ángulo de los ángulos", o "piedra angular"; es la imagen del Profeta que se proyecta en los cuatro primeros califas, como Cristo mismo se proyecta en los cuatro evangelistas.

### Otros modelos: los pueblos nómadas

Nos hemos referido anteriormente a las asociaciones familiares, y hemos de decir que tenemos ejemplos de ellos en los pueblos nómadas del desierto, como por ejemplo los tuareg, que despliegan sus campamentos de noche, en la negritud del desierto, estableciéndose por unidades familiares sobre un territorio amparado por la bóveda celeste, la que regula su ordenamiento. Lo mismo que la tribu india de los Osagas norteamericanos, habitantes de las praderas, claros representantes de la cultura nómada. Estos

... consideran la disposición ritual de su campamento como "la forma y el espíritu del hombre perfecto", quien, en tiempos de paz, se vuelve hacia Oriente (...); en él se halla el centro, o el lugar del medio, cuyo símbolo ordinario es el fuego que arde en el centro de la casa de medicina (...) Como el templo, el campamento de los pieles rojas, dispuesto en círculo (*camp-circle*), resume el cosmos entero: la mitad de la tribu, ocupando el norte, representa el Cielo, mientras que la otra mitad, que se ubica al mediodía, simboliza la Tierra.<sup>84</sup>

Recordemos que la forma circular que es previa a la cuadrada es utilizada preferentemente por los pueblos nómadas, los que han constituido, junto a los sedentarios, los dos tipos principales de la sociedad humana con su propia expresión tradicional.<sup>85</sup>

### El campamento militar romano

Está ligado a la concepción de la ciudad romana y se asentaba en el territorio según el modelo de los ejes cruciformes, configurando entonces una geografía análoga, un cuadrilátero regular marcado por una zanja y un tipo de muralla, con cuatro puertas en los centros de los lados por donde atravesaban el *cardo*, de norte a sur, y el *decumanus*, de este a oeste, y en cuya intersección se encontraba el *forum* con el altar (*auguraculum*) y el *tribunal*, desde donde se administraba la justicia. Fustel de Coulanges nos resume así el proceso de su construcción:

Se plantaba el *vexillum* del general en un punto elegido; a partir de éste se contaban los pasos que delimitaban el *praetorium*. En el límite del *praetorium* y la calle principal se situaba una *groma* [gnomon] para asegurarse que las calles quedarían trazadas en ángulos rectos. La línea que iba del *vexillum* a la *groma* daba al agrimensor el eje principal del campamento (...) A la derecha del *praetorium* se situaba el *auguraculum*, el lugar en que sacrificaba el comandante en jefe y se observaban los augurios de forma que las decisiones relativas a la futura campaña se tomaran siempre de acuerdo con la voluntad de los dioses.<sup>86</sup>

En las cuatro esquinas, marcando las intersecciones de las murallas, se construían cuatro torres para percibir los presagios provenientes de las cuatro regiones celestes.

### Los jardines

Encontramos también auténticas psicogeografías en las construcciones ajardinadas, las cuales constituyen naturalezas sacras, expresadas en el vaciado de la densa naturaleza, en la organización de nuevas formas vegetales o las incluidas dentro de los contextos urbanos, y ello siempre a cubierto de los elementos nocivos, protegidas de las fieras, y ubicadas en lugares fértiles, en dulce equilibrio con las fuerzas de la naturaleza, la que se encarga de teñirlas al ritmo de sus cuatro estaciones, imágenes del cuaternario.

Son estructuras vegetales formadas por plantas metamórficas, sauces, cipreses, olivos, acacias... También una rica floresta: rosas espinosas, frágiles anémonas, lotos flotantes..., con referencias a las aguas puras allá donde brota la melodía de las ninfas; o a las estancadas y subterráneas. Podemos encontrarnos también accesos al interior de la tierra, grutas, elementos pétreos esculpidos, templos a divinidades, laberintos..., cuya función es despertar la memoria mediante una trama simbólica, la que convierte el paseo en un rito, donde el jardinero (el artesano del jardín) o los paseantes del

"jardín divino" ven reflejadas sus almas en un recorrido "mitológico" que se circunda bajo el silencio y la contemplación.

Allí se percibe también la imagen de la eterna primavera, aquella del Edén, el arquetipo bíblico que se toma por modelo y al que hacen referencia libros como el bizantino *El Jardín Simbólico* (s. XI), y su referente anónimo *El Jardín Espiritual*, o los poemas de Meliteniote con la Sabiduría por soberana, el *Hortus Delicatorum* de Herralde, donde las figuras bíblicas establecen una simbólica vegetal, o el apócrifo *Libro de Enoch* que lo sitúa en el extremo norte, en el polo por donde atraviesa el eje cósmico, tal como Mercator lo grafía en su mapamundi: sobre la montaña polar, bajo la estrella del mismo nombre y en medio de un mar circular que se irradia por cuatro brazos fluviales que surcan las direcciones cardinales.

### La ciudad renacentista

Hereda ésta un fuerte influjo tradicional, un esplendor propio de los últimos hálitos con que nos deleita el tiempo y que son fundamentales para la comprensión de nuestra cultura, pese a que sus contemporáneos tienen que salvar por diferentes medios las dificultades que el panorama religioso de la época impone a aquellos que no se identifican con él. Aquí la ciudad no se edifica únicamente sobre la tierra, sino que debido en gran parte al auge que cobra la cartografía en el Renacimiento,<sup>87</sup> la construcción también se plasma en la plástica, en los diseños y gráficos, como es el caso de la ciudad ideal del franciscano catalán Eiximeniç de Cataneo, de F. Marchí o las pinturas en perspectiva de la ciudad imaginaria de Giorgio Martinil en el siglo XIV, etc. Asimismo se expresa esa construcción a través de la escritura, con la suficiente habilidad y conocimiento para mostrar la idea de la ciudad utópica, siempre presente, a los iniciados de esa época, teniendo en cuenta todos los elementos de la Tradición Hermética. De ello dan testimonio las obras de Tomas Moro (*Utopía*), Campanella (*La Ciudad del Sol*), V. Andreae (*Cristianópolis*), F. Bacon (*La Nueva Atlántida*), el Filarete, etc. Este último, a raíz de la fundación de una ciudad ideal que toma por nombre Sforzinda y por forma la rosa de los vientos, anota:

Cuando fundemos la ciudad te diré bajo qué clima y planeta y punto y hora y todo lo que haya que tenerse en cuenta...

y desde otro ángulo Alberti deja escrito:

tiene mucha importancia en qué momento se ha incluido cualquier cosa en el número de cosas que existen.<sup>88</sup>

El significado de la Utopía nos los explica perfectamente Federico González:

La utopía es un espacio distinto, un mundo invisible situado en el eterno presente. Por eso debe proyectarse hacia el futuro, como algo a conseguir, o

hacia el pasado: una edad feliz, el paraíso terrenal, la Tradición. En este último caso apoyada por razones que van de lo biológico a lo histórico y que la memoria atestigua. El mito del origen es vertical, es decir que existe permanentemente y en simultaneidad, debe ser trasladado al pasado para ser comprendido en la sucesión. Igualmente el deseo y la voluntad de integrarse a él se proyectan en un futuro posible; tal la razón de la utopía.<sup>89</sup>

Digamos, en fin, que en ultramar ya era utilizada la planificación de las ciudades antes de la superposición hispana, incluso según la trama ortogonal como es el caso de Tenochtitlán, ciudad fundada en una isla, en medio de la cual, y según nos cuenta la historia mítica, los sabios aztecas vieron la señal expuesta por el dios Huitzilipochtli: el águila devorando una serpiente sobre un nopal. Allí mismo empezaron a edificar la ciudad en 1345; tras el descubrimiento, en el Nuevo Mundo se continuó utilizando el urbanismo regular bajo la influencia de la arquitectura romano-etrusca, presente en tantas ciudades hispanas, como por ejemplo Briviesca y Jaca. La primera planificación se realizó en la isla de Santo Domingo en 1496, como podemos observar en la instrucción que en 1513 da Fernando el Católico a Pedro Arias Dávila en referencia a la provincia ultramarina de Castilla del Oro:

Habéis de repartir los solares del lugar para hacer las casas, y éstos han de ser repartidos según las calidades de las personas, y sean de comienzo dados por orden; por manera que, hechos los solares, el pueblo parezca ordenado, así en el lugar que se dejare para la plaza, como el lugar en que hubiere la iglesia, como en el orden que tuvieren las calles; para los lugares de nueva fundación se podrán dar las órdenes oportunas desde el principio y de ese modo quedarán en orden sin ningún coste o trabajo adicional, pues sino el orden no podrá introducirse jamás.<sup>90</sup>

Más allá del Renacimiento y de las huellas que en América produjo la nueva utopía católica, llega la reforma y la contrarreforma, y los intereses religiosos con sus dogmas no permiten ya que los ciudadanos sean teúrgos y que su actividad mágico-transformadora no pueda ejercerse sino de forma reclusa. Desde finales del Renacimiento las vías tradicionales en Occidente se repliegan y sintetizan, y son pequeñas colectividades e individualidades las que mantienen la conjunción de los mundos en pie, las portadoras de esta Memoria o ciudadanía cósmica que cohesionada por el amor nos permite a los hombres amantes de la Sabiduría reconocer en ella nuestra morada, la que integra a los antepasados y a los hijos del futuro en el eterno presente, poblada de las ideas verdaderas, de los númenes o luces que definen una realidad tan amplia como inasible; ubicarse como ciudadano del Ser es ser uno con la mente divina, con la ciudad mítica, con el Agartha.

Y ya por último quisiéramos manifestar nuestro agradecimiento al director de SYMBOLOS, Federico González, pues cierra con este número una secuencia enormemente fértil para todos aquellos que hemos tenido la suerte de beber de sus

fuentes, agradecimiento que hacemos extensivo al conjunto de su obra, la que ha generado en nosotros un renacimiento y ha promovido en nuestro tiempo el milagro de lo sagrado.

<https://www.2enero.com/textos>

## NOTAS

- (\*) [Artículo publicado originalmente en la Revista SYMBOLOS: Arte - Cultura - Gnosis, Nº 31-32, "Historia y Geografía Sagradas". Barcelona, 2007.]
- 1 "Esta polarización está presente en todo lo signado por el espacio y el tiempo, y se refiere al pasado y al futuro, a lo pasivo y a lo activo, a la concentración y a la expansión, a la atracción y a la repulsión, y a toda dualidad complementaria de opuestos que posibilitan el orden y el equilibrio cósmico, y que el símbolo testimonia sin hacer exclusiones". Federico González: *La Rueda. Una Imagen Simbólica del Cosmos*, cap. I, p. 23. Ed. Symbolos.
  - 2 Federico González: *Ibid*, p. 176.
  - 3 Henry Corbin: *Tiempo Cíclico y Gnosis Ismailí*. Ed. Biblioteca Nueva, p. 14.
  - 4 Faridu´d Din Attar: *Tadhkiratu´l Awliyâ* 2.179.10: "Un millar de años pasados por un millar de años futuros están presentes (*naqd*) aquí en este momento (*waqt*) en el que tú eres."
  - 5 No lo entendemos aquí en el sentido atomista que considera el tiempo como una suma de instantes independientes en un no-tiempo "vacío".
  - 6 Al respecto apunta la doctrina de Ibn´l`Arabi: "no hay ningún momento de no-ser entre los sucesivos actos de la creación". Por otro lado la tradición Hindú nos ilustra con la tríada *gati*, *nirvriti*, *sthit*, procesión, recesión y su fruto el éxtasis, unidas las tres en el Extasis (*samhitâ*), que trasladada a la impresión psíquica del hombre toman los nombres de *bhûtam*, *bhavyam*, *bhavat*, el pasado, el futuro y el presente donde se unen (*samhitâ*).
  - 7 Maestro Eckhardt, Pfeiffer, p. 206.
  - 8 Federico González: *El Simbolismo Precolombino. Cosmovisión de las culturas arcaicas*, cap. XVIII, "Mitología y Popol Vuh".
  - 9 Federico González: *Simbolismo y Arte*, cap. III. Ed. Symbolos.
  - 10 Federico González: *El Simbolismo Precolombino. Ibid*.
  - 11 Federico González: *La Rueda...*, cap. II, p. 49.
  - 12 *El Simbolismo Precolombino*, cap. XX.
  - 13 Quisiéramos recalcar la importancia, para toda correspondencia o analogía, de la concordancia perfecta que se tiene que establecer entre los diferentes grados a que éstas hacen referencia (de ahí la necesidad de adecuarse al orden). Ver también *La Rueda...*, p. 25.
  - 14 Nos parece interesante introducir esta cita de Santo Tomás, que en respuesta a la objeción adicional de que las condiciones opuestas no pueden coincidir en el mismo

instante, y que así debe haber un último instante en el estado de pecado y otro en el estado de gracia, replica que: "la sucesión de los opuestos en el mismo sujeto debe considerarse diferentemente en las cosas que están sujetas al tiempo y en las que están por encima del tiempo. Pues en las cosas que están sujetas al tiempo, no hay ningún 'último instante' en el que la forma previa sea inherente al sujeto; pero hay el último tiempo, y el primer instante en que la forma subsecuente es inherente a la materia o sujeto; y esto por la razón que, en el tiempo, nosotros no tenemos que considerar un instante como precediendo inmediatamente a otro instante, puesto que los instantes no se suceden uno a otro inmediatamente en el tiempo, ni tampoco los puntos de una línea, como lo prueba [Aristóteles] en *Física* 6.1. Pero el tiempo se termina por un instante... pero en las cosas que están por encima del tiempo la cuestión es de otro modo...". Cita de Ananda K. Coomaraswamy: *El Tiempo y la Eternidad*, cap. V, p. 76-77. Ed. Kairós, Barcelona, 1999.

- 15 "El sol esta inmóvil a mediodía durante la mitad del guiño de un ojo". *Mahâbhârata* 13.96.6.
- 16 Federico González: *Las Utopías Renacentistas, Esoterismo y Símbolo*, p. 84. Ed. Kier, Bs. As. 2004.
- 17 Añadamos que es práctica habitual en algunas tradiciones la ingestión de diferentes tipos de sustancias, consideradas sagradas, como soportes de conocimiento.
- 18 Santo Tomás en su *Sum. Theol.* 1.2, 113.7, y a propósito de la justificación del impío, nos dice que sucede en un único instante pues una justificación tal depende del movimiento de la Gracia, que es repentino, y del libre albedrío del hombre "cuyo movimiento por naturaleza es instantáneo".
- 19 Decimos aquí teoría en el sentido que actualmente se le da a esta palabra (sinónima de "especulativa"), pero no el que tenía antiguamente, idéntica a la contemplación.
- 20 En <https://symbolos.com/014recor.htm>
- 21 Al respecto dice Coomaraswamy que el Vedanta distingue entre la realidad relativa del artefacto y la realidad mayor del Artífice en quien subsiste el paradigma; que el mundo es una epifanía; y que no es culpa de nadie si nosotros tomamos las cosas "que fueron hechas" por la realidad según la cual se hicieron y el fenómeno mismo por el cual los fenómenos son sólo apariencias, y además que la "ilusión" no puede predicarse propiamente de un objeto, puesto que solo puede surgir en el perceptor (*El Tiempo y la Eternidad*).
- 22 Federico González: *Simbolismo y Arte*, p. 8. Ed. Symbolos, Barcelona, 1998.
- 23 Gershom Scholem: *Las Grandes Tendencias de la Mística Judía*. Ed. Siruela, Madrid 1996.
- 24 Frances A. Yates: *Giordano Bruno y la Tradición Hermética*, Ed. Ariel Filosofía, p. 223.
- 25 Coomaraswamy: "Un Templo Hindú: El Kandarya Mahadeo", en <https://symbolos.com/021kand.htm>  
Ver también René Guénon: *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*, cap. XLI, "La puerta estrecha", y cap. XLIII: "La piedra angular".
- 26 Federico González: *Simbolismo y Arte*, p. 59.

- 27 Al respecto ver René Guénon: *La Gran Tríada*. Ed. Obelisco, cap. XXI.
- 28 Joseph Rykwert: *La Idea de Ciudad*, p. 64. Ed. Hermann Blume.
- 29 *Ibid.* Prólogo.
- 30 "La Ciudad Divina", cap. LXXV de *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*.
- 31 *El Simbolismo Precolombino*, cap. XV, "El Simbolismo Constructivo". Ed. Kier.
- 32 Federico González: *Las Utopías Renacentistas*, cap. II, "Necesidad de la Utopía".
- 33 Joseph Rykwert: *Ibid*, p. 24.
- 34 Dionisio Areopagita: *De los nombres divinos*. Antología de Textos Herméticos, página telemática de SYMBOLOS.
- 35 Queremos, a modo de ejemplo, apuntar aquí unas muy escuetas glosas del último libro de Sta. Teresa de Jesús, *Las Moradas del Castillo Interior* (Toledo, 1577), una cosmovisión que escribió bajo la atenta mirada de la Inquisición: ...es considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal (...) Este castillo tiene muchas moradas, unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma (...) Pues tornando a nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él. Parece que digo algún disparate; porque si este castillo es el ánima claro está que no hay para qué entrar, pues se es él mismo; como parecería desatino decir a uno que entrase en una pieza estando ya dentro. Mas habéis de entender que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo, que es adonde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar ni quién está dentro ni aun qué piezas tiene (...) Esto es, hijas, de lo que hemos de andar temerosas y lo que hemos de pedir a Dios en nuestras oraciones; porque si El no guarda la ciudad, en vano trabajaremos, pues somos la misma vanidad (...). Continúa describiendo las diferentes moradas con escueta claridad y orden, y de la última extraemos: Está tan esculpida en el alma aquella vista, que todo su deseo es tornarla a gozar (...) Cuando nuestro Señor es servido haber piedad de lo que padece y ha padecido por su deseo esta alma que ya espiritualmente ha tomado por esposa, primero que se consuma el matrimonio espiritual métela en su morada, que es esta séptima; (...) Ya he dicho que, aunque se ponen estas comparaciones, porque no hay otras más a propósito, que se entienda que aquí no hay memoria de cuerpo más que si el alma no estuviese en él, sino sólo espíritu, y en el matrimonio espiritual, muy menos, porque pasa esta secreta unión en el centro muy interior del alma, que debe ser adonde está el mismo Dios, y a mi parecer no ha menester puerta por donde entre. Digo que no es menester puerta, porque en todo lo que se ha dicho hasta aquí, parece que va por medio de los sentidos y potencias, y este apareamiento de la Humanidad del Señor así debía ser; mas lo que pasa en la unión del matrimonio espiritual es muy diferente: aparécese el Señor en este centro del alma sin visión imaginaria sino intelectual, aunque más delicada que las dichas, como se apareció a los Apóstoles sin entrar por la puerta, cuando les dijo: "Pax vobis". Es un secreto tan grande y una merced tan subida lo que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé a qué lo comparar, sino a que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo, por más subida manera que por ninguna visión ni gusto espiritual (...). Para acabar con ciertas

recomendaciones en un epílogo del que por último extraemos: ...Aunque no se trata de más de siete moradas, en cada una de éstas hay muchas: en lo bajo y alto y a los lados, con lindos jardines y fuentes y laberintos y cosas tan deleitosas, que desearéis deshaceos en alabanzas del gran Dios, que lo crió a su imagen y semejanza.

- 36 *Simbolismo y Arte*, cap. VI, "Arte Teúrgica".
- 37 Respecto al Arbol de la Vida ver los acápites correspondientes en *Introducción a la Ciencia Sagrada. Programa Agartha*, SIMBOLOS nº 25-26.
- 38 Ejemplos de ello encontramos en el diseño de Vitruvio (S. I a.C.) en la ciudad ideal de Cataneo, o la de F. der Marchi (S. XIV), o bien en los diseños del siglo XVII, donde la influencia militar cobra mayor importancia, como el caso de Sarrelouis de Vauban o de Citadella en el Véneto, donde la cruz y la circunferencia son evidentes; o también Palmanova de principios del XVII en Italia, que se genera mediante un hexágono y se delimita por una estrella de nueve puntas.
- 39 Recordemos, por ejemplo, que con Cristo se regenera el tiempo, el cual empieza a contarse desde su nacimiento, situado en los días del solsticio invernal. En este sentido, anota René Guénon que: "la vida de algunos seres, considerada según las apariencias individuales, presenta hechos que están en correspondencia con los del orden cósmico y que son en cierto modo, bajo el punto de vista exterior, una imagen o una reproducción de éstos; pero, bajo el punto de vista interior, esta relación debe ser invertida, ya que, siendo estos seres realmente el *Mahâ-Purusha*, son los hechos cósmicos los que verdaderamente se modelan sobre su vida o, para hablar más exactamente, sobre aquello de lo cual esta vida es una expresión directa, mientras que los hechos cósmicos en sí mismos no son más que su expresión por reflejo. Agregaremos que es eso también lo que funda en la realidad y hace válidos los ritos instituidos por seres 'enviados'." "Realización Ascendente y Realización Descendente", cap. XXXII de *Iniciación y Realización Espiritual*.
- 40 Al respecto ver también René Guénon: *Símbolos fundamentales de la Ciencia Sagrada*, cap. XLI, "La puerta estrecha", y *La Logia Viva. Simbolismo y Masonería*, de Siete Maestros Masones, Ed. Obelisco, p. 258 [El solsticio de invierno].
- 41 En este sentido se puede considerar que la ciudad cumple un papel receptivo o femenino al ser fecundada por aquellos mundos que representa o traduce y podríamos establecer una correspondencia con la *sefirah Malkhuth*; recordemos que a ésta también se la denomina la "Esposa del Rey", es decir la *Shekinah*.
- 42 Siguiendo a Ananda K. Coomaraswamy ("¿Qué es Civilización?", en <https://symbolos.com/007civil.htm>), si nos adentramos en la etimología de la palabra ciudad, podemos ver previamente que la raíz de "civilización" (*civitas* en latín) es *Kei*, equivalente a *Çi* en sánscrito, y cuyo significado es "estar localizado en", "yacer tendido", y de aquí "residencia", tal cual lo es la ciudad; en relación con la palabra "política", raíz *pla*, ésta significa "llenar"; y en griego y en sánscrito *polis* y *pur* es "ciudad" o "fortaleza", del que se deriva *populus*, "pluralidad"; y de "Purusha" nos dice que es "el ciudadano", *civis* en latín, aquel que se distingue del hombre animal. La ciudad por lo tanto se puede poner en relación con civilización así como con una pluralidad de individuos que residen en ella y que la colman como a un todo. Ver también el ya citado artículo de René Guénon "La Ciudad Divina", cap. LXXV de *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*.

- 43 Ananda K. Coomaraswamy: "Un Templo Hindú: El Kandarya Mahadeo".
- 44 La Ciudad Antigua, cap. X, p. 132. Ed. Iberia. Aunque desde nuestro punto de vista no consideramos a este autor dentro de las vías tradicionales (según él manifiesta la religión es una creación del hombre o el reconocimiento de unas fuerzas que como individuo le sobrepasan), sus trabajos aportan un testimonio valioso, y en buena parte de la traducción del libro en castellano si se sustituye el sustantivo "religión" por el de "tradición" el texto adquiere un sentido más apropiado.
- 45 Federico González, *Los Símbolos Precolombinos*. Ed. Obelisco, p. 62.
- 46 René Guénon: *El Rey del Mundo*.
- 47 En general podemos decir que los libros *tagetici* tratan de la lectura de augurios y de cómo propiciar a los dioses, de la muerte y del más allá; también de la interpretación de las entrañas de las víctimas sacrificiales. Los libros *vegoienses* tratan de la interpretación de los fenómenos eléctricos de la naturaleza y de las normas rituales.
- 48 "La elección de un solar –nos dice F. de Coulanges (p. 172)– es un grave asunto del que dependía el destino de un pueblo (...) y se dejaba siempre a la elección de los dioses".
- 49 *Haruspex* quiere decir "adivinator por el hígado". El animal sacrificado era un emisario de los mundos celestes, los que se reflejaban en su hígado, donde reside el principio vital. Para su lectura se seccionaba en dieciséis partes, tal cual la bóveda celeste, partes que el augur interpretaba, pues para él eran tanto un mapa geográfico como calendárico. (Bloch, 1957, p. 19 y 20).
- 50 "Eneas –apunta J. Rykwert– (*La Idea de Ciudad* p. 35) siguió a una cerda preñada hasta el lugar en que parió. Allí se fundó Alba Longa, en un lugar que desde el punto de vista de la salubridad hubiera resultado totalmente inaceptable." Diremos que Alba Longa es la ciudad madre de Roma, y alude a la blancura y por tanto a un lugar iluminado. Ver también René Guénon: *El Rey del Mundo*, cap. XI.
- 51 J. Rykwert: *Ibid.*, p. 99.
- 52 El calendario pone en correspondencia los ciclos celestes con la tradición del lugar. En Roma era labor del Pontífice, el que en la *calatio*, el día de calendas, se lo comunicaba al pueblo.
- 53 René Guénon nos ilustra al respecto aludiendo al *nâma-rûpa* de la tradición hindú, donde *nâma* se corresponde con la parte sutil de la individualidad, el aspecto "esencial", y *rûpa* a la parte corporal, el aspecto "substancial"; asimilables respectivamente a la *eidos* y la *hyle* de Aristóteles, o a la "forma" y "materia" de los escolásticos.
- 54 Ver *Introducción a la Ciencia Sagrada. Programa Agartha*, Módulo II, acápite "Geografía Sagrada".
- 55 Hemos de decir que cualquier punto escogido de la tierra puede ser tomado por igual como centro del mundo; asimismo, para cualquiera de estos lugares la gran distancia que los separa de los astros celestes es la misma, con lo cual, y desde cualquier lugar que los divisemos, sus ubicaciones y movimientos no sufren ninguna alteración.
- 56 En las ciudades etrusco-latinas los *cippus* se situaban en la intersección del *cardo* y el *decumanus*, mientras que hay otros *cippi* que marcados con una cruz señalaban intersecciones secundarias. Los *cippi* eran especies de altares de carácter fálico (similares

a los *hermas* griegos) y estaban bajo el dominio de los dioses celestes. (Ver Rykwert: *Ibid.*, p.128).

- 57 Sin embargo el eje este-oeste se relaciona con la dirección de la Vía Láctea, que según la leyenda fue "trazada por Hércules", uniendo así Oriente y Occidente.
- 58 *Ibid.*, p. 208.
- 59 *Ibid.*, p. 99.
- 60 *Ibid.*, p. 100.
- 61 Al respecto ver Federico González: *La Rueda. Una Imagen Simbólica del Cosmos*", p. 25-26.
- 62 Adrián Snodgrass: *Architecture, Time and Eternity*. Ed. Aditya, Vol I, p. 231.
- 63 Estas tres figuras, el círculo, la cruz y el cuadrado nos conducen también a los términos de la Gran Tríada extremo-oriental, donde el círculo se corresponde con el Cielo y la cruz con el Hombre Verdadero como intermediario (el que según aparece en el *Vástupurushamandala* se ve extendido en tierra con la cabeza boca arriba, hacia el oriente, la mano derecha sobre la esquina sudeste, la izquierda sobre la noreste y sus piernas abiertas con los pies marcando las esquinas sudoeste y noroeste así como el cuerpo ocupando el espacio central consagrado a Brâhma). Por último el cuadrado se corresponde con la Tierra.
- 64 A. K. Coomaraswamy: "[Un Templo Hindú: El Kandarya Mahadeo](#)".
- 65 Podemos poner en relación la palabra mundus con "mandala"; en latín mundus se relaciona con pulcritud, pureza o buena disposición. Para Pitágoras el mundus o el Cosmos es un armonioso y orgánico todo cuyas partes están organizadas en trazados que son decorosos o, como deberíamos decir, bellos.
- 66 Fustel de Coulanges: *La Ciudad Antigua*, cap. IV.
- 67 También se enterraban dentro del recinto a héroes, atletas o personajes cuya condición se correspondiese con las virtudes inherentes al lugar.
- 68 J. Rykwert: *Ibid.*, p. 55. Al respecto ver también los capítulos "Lapsit Exillis" y "Piedra Negra y Piedra Cúbica" en *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*, de René Guénon.
- 69 Ananda K. Coomaraswamy: *Ibid.* Asimismo ver René Guénon: *El Simbolismo de la Cruz*, así como *Símbolos Fundamentales...*, cap. LII: "El Arbol del Mundo".
- 70 Autor latino del siglo II que destacó en la época del emperador Trajano. El sobrenombre *gromático* le viene de su profesión de agrimensor (del latín *groma*). Se sabe muy poco de su vida. Se trata de un geógrafo, matemático y cartógrafo romano dedicado a la agrimensura y que dejó escritos de diversas ciencias.
- 71 Es el caso de las ciudades mesopotámicas de Ecbátana y Uruk, bordeadas por varias murallas concéntricas, pintadas de diferentes colores y con pictogramas que hacen referencia a los diferentes planetas y los dioses que los rigen.
- 72 J. Rykwert: *Ibid.*, p. 57.
- 73 En algunos textos se destaca el mes de febrero como un mes propicio para estos ritos de purificación.

- 74 J. Rykwert: *Ibid.*, p. 67.
- 75 Ver a este respecto Francisco Ariza: "El Espíritu de la Tierra. Notas sobre la geografía sagrada", en SYMBOLOS N° 27-28.
- 76 Ver *Introducción a la Ciencia Sagrada. Programa Agartha*, acápite "Los Cuadrados Mágicos".
- 77 En el cuadrado de nueve esta ubicación se corresponde con el número cinco, y se relaciona con el Hombre Verdadero o el emperador.
- 78 Esta es la única de las particiones que se establecía con precisión; las que correspondían a las regiones, y debido a la imposibilidad real de ajustarse a esta geometría, se entendían conceptualmente.
- 79 El carácter Ming incluye en su significado el sol y la luna, es decir, toda la luz manifestada. Ver R. Guénon: *La Gran Tríada*, p. 137-138. Ed. Paidós.
- 80 René Guénon: *Ibid.*, cap. XVI.
- 81 También Jerusalén fue llamada la "Ciudad de la Paz". Anotemos que la idea de Paz en hebreo, *ShaLoM*, engloba dos conceptos que se complementan, uno se refiere a algo completo y perfecto siendo entonces la expresión de una "obra concluida"; el otro al descanso, al silencio y la tranquilidad.
- 82 Ver *Programa Agartha*, p. 52-53.
- 83 En árabe *arkán*, plural de *rukn*, que quiere decir ángulo o lo más extremo de algo. De esta palabra procede "arcano", es decir lo secreto y misterioso. Ver René Guénon: *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*, cap. XLV.
- 84 Titus Burkhardt: "El Templo, Cuerpo del Hombre Divino", en *Aperçus sur la connaissance sacrée*. Archè Milano, 1987.
- 85 Ver René Guénon: *El Reino de la Cantidad y los Signos de los Tiempos*, cap. XXI.
- 86 Al respecto ver también Joseph Rykwert: *Ibid.*, p. 64-65.
- 87 El amplio desarrollo de la cartografía en esta época se debe al renovado interés por la antigüedad clásica, que llevó al redescubrimiento de la Geografía de Ptolomeo, y también a las nuevas técnicas militares, así como el desarrollo de la imprenta.
- 88 León Batista Alberti: *Re Aedificatoria*, p. 123.
- 89 Federico González: *Las Utopías Renacentistas*, p. 77.
- 90 Hernán Cortés: *Cartas de Relación de la Conquista de México*, p. 300. Espasa-Calpe, México, 1992.